

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

EL FINAL DEL MIEDO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

388 — La reencarnación de Carol Merrill, *Adam Surray*.
389 — Diario escrito en la tumba, *Clark Carrados*.
390 — Cazadores de fantasmas, *Joseph Berna*.
391 — ¡Morded, vampiros, morded!, *Joseph Berna*.
392 — La muerte tiene ojos, *Ada Coretti*.

CLARK CARRADOS

EL FINAL DEL MIEDO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 393
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.253 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Estaba en un lugar horrible, como jamás había visto hasta aquel momento. Derwent Gillighan había viajado por todas las regiones del globo, pero aquello superaba a toda imaginación. Los árboles, gigantescos, de formas indescriptibles; las hierbas, altas como él, con tallos que a veces parecían agudas espadas; los pantanos vecinos, que despedían mefíticas emanaciones.

Y las bestias que poblaban aquel horrible lugar. Animales gigantescos, de los que sólo había visto los esqueletos reconstruidos en los museos de Historia Natural... Gigantescas serpientes, enormes murciélagos, que batían el aire terroríficamente con sus alas membranosas... En alguna parte, trompeteó un animal que se imaginó de dimensiones inenarrables...

Tendido en el suelo, sollozaba y se estremecía convulsivamente, invadido por un pavor que atenazaba todos sus miembros y le impedía la menor reacción. ¿Cómo era posible que hubiera llegado hasta allí?, se preguntaba una y otra vez.

Aquella maldita máquina del tiempo... Su invencible curiosidad...

Había sido transportado a la época de los grandes saurios, no cabía la menor duda. Pero, ¿qué hacía allí un hombre del siglo XX, acostumbrado a mil refinamientos y sin nada más que sus manos para defenderse de las mil fieras que pululaban por aquellos parajes?

No lejos de él rugió un enorme león. Algunos arbustos fueron tronchados al paso de un colosal paquidermo. Más allá, divisó la feroz lucha entre un tiranosaurio y un enorme mamut. Repentinamente, las hierbas que tenía ante él se separaron y un descomunal tigre apareció ante sus aterradas pupilas.

Pertenecía a la especie «dientes de sable» y sus enormes colmillos medían más de veinte centímetros de largo. Gillighan se dio por muerto. Un par de zarpazos, una dentellada...

Y, de súbito, llegó la salvación.

Sonaron varios estampidos, muy seguidos. El tigre rugió horriblemente, Cayó, se levantó y volvió a desplomarse, agitando inútilmente sus zarpas. La sangre brotaba de los lugares donde habían hecho impacto las balas.

Entonces, lleno de asombro. Gillighan vio a un hombre armado con un rifle de caza.

Sollozó de alegría.

—Ha llegado a tiempo, señor Arkane —gimió.

El hombre le miró con severidad.

—No debió haber manipulado mi máquina —dijo acusadoramente—. Sólo tenía que examinarla... ¿Y por qué diablos tuvo que tocar cosas que no entendía, mientras yo me hallaba ausente?

—Yo... No sé, algo me sucedió... Me venció la curiosidad...

—Comprendo —respondió Crosby Arkane—. Gillighan, debería dejarle aquí, a un millón de años en el pasado, pero no puedo permitir que un ser de

mi misma especie muera indecorosamente. Voy a volverle a su época, pero ha de prometerme dos cosas.

—Sí, si... Lo que quiera...

—Usted es inmensamente rico. Nunca creyó que yo hubiera sido capaz de construir una máquina del tiempo. Ahora, para su desgracia, ha podido comprobar que no le mentía.

—Es cierto, es cierto... Se puede viajar a través del tiempo...

—Pero, de momento, sólo hacia el pasado. Y yo quiero viajar al futuro, pero necesito dinero para continuar mis experimentos. Tiene que ayudarme.

—¿Cuánto? —dijo Gillighan. Daría toda su fortuna, si era preciso, con tal de abandonar aquel horrible lugar.

—Para usted, una minucia. Quinientos mil dólares.

—Sí, en cuanto regrese, le firmaré un cheque...

—Y otra cosa me ha de prometer también. Silencio absoluto. ¿Entendido?

—Sí, lo juro.

Arkane sonrió.

—Ha pasado muy malos ratos —dijo amablemente—. El regreso no será fácil: le pondré una inyección de sedante, a fin de que el tránsito a nuestro tiempo se realice para usted sin molestias físicas.

Gillighan notó a poco el pinchazo de la aguja en su brazo. Un minuto más tarde, estaba profundamente dormido.

* * *

En la oscuridad de la noche se oyó de pronto un alarido desgarrador.

Algo emitió un rugido terrorífico. Un hombre chilló frenéticamente, pidiendo ayuda.

Sonaron algunos estampidos de arma de fuego. Los rugidos de la fiera se repitieron.

La gente que vivía en la vecindad se despertó, alarmados todos los habitantes de las casas cercanas. En aquel edificio, relativamente aislado, debían de suceder cosas espantosas.

Al cabo de pocos momentos, cesaron los ruidos. La policía no tardó en llegar, alertada por un vecino muy asustado.

Primero aparecieron dos agentes de la patrulla nocturna. Al entrar en la casa, vieron un espectáculo horrible.

El dueño, Derwent Gillighan, yacía en medio de una habitación, espantosamente destrozado por los colmillos y las garras de una fiera. Cerca de él, se veía un revólver con el que, al parecer, había tratado inútilmente de defenderse de la bestia.

Había manchas de sangre por las paredes. En el tapizado de algunos muebles se advertían huellas de zarpas de enormes dimensiones.

La servidumbre estaba aterrada. Eran cuatro personas, ama de llaves, mayordomo, una criada y el chófer-jardinero. Tenían sus habitaciones en el

ático de la casa y ninguno de ellos se había sentido con el valor suficiente para bajar a ver lo que ocurría. Era una actitud muy disculpable.

Más tarde, llegaron otros policías y detectives, que empezaron a investigar de inmediato. Uno de los detectives halló pelos negros y amarillos adheridos a una cortina. En el jardín se encontraron pisadas de un felino de colosales dimensiones.

Un día más tarde, un conocido naturalista, después de examinar todas las huellas y las heridas sufridas por Gillighan, dijo algo que dejó asombrados a todos los presentes.

Gillighan había sido atacado por un tigre cuya especie se había extinguido miles de años antes. El naturalista no comprendía cómo el felino «dientes de sable» había podido sobrevivir hasta el siglo XX, pero las huellas no mentían. El tigre se hallaba escondido en alguna parte y era preciso encontrarlo antes de que causara más víctimas.

La noticia causó gran sensación y la policía dispuso todo para una colosal batida por la zona. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, a los que se unieron los de muchos cazadores voluntarios, algunos de ellos con gran experiencia en las selvas africanas, no se consiguió encontrar al gigantesco tigre.

Y luego el tiempo pasó y el asunto empezó a olvidarse, hasta que desapareció de las primeras páginas de los periódicos y de los informativos de la radio y la televisión.

* * *

El viento refrescaba y el barómetro caía rápidamente. Milo Drummell maldijo entre dientes el día en que se le ocurrió hacer aquella excursión con su barquito de vela, en plan navegante solitario. La excursión iba a durar solamente un par de semanas, pero aún no había transcurrido la mitad de la primera y. ante los pésimos pronósticos de los meteorólogos, había decidido virar en redondo y regresar en busca de un puerto. Le gustaba mucho el mar, pero no hasta el extremo de arriesgar su vida por capear un temporal en medio del Atlántico.

La costa se divisaba a lo lejos, oscura, amenazadora con sus altos acantilados, entre los cuales no había un solo hueco para refugiarse siquiera durante unas cuantas horas. La base de los acantilados estaba cubierta de blancas espumas. Allí, el mar rompía con fuerza irresistible.

Un golpe de viento hizo escorar peligrosamente la pequeña embarcación. A duras penas, pudo arriar la vela mayor. Gobernaría con el foque: era más que suficiente. Por suerte, el viento venía del océano, lo cual significaba que, tarde o temprano, tocaría la tierra firme.

Drummell deseaba solamente un sitio para saltar a tierra.

Si el balandro se destrozaba después, bien, no le importaba en absoluto. El caso era salvar el pellejo.

Los acantilados se acercaron con gran rapidez. Drummell manejó el timón

para navegar paralelamente a la costa. En cuanto divisara un hueco...

El hueco apareció de pronto, una especie de canal abierto entre dos farallones de unos cincuenta o sesenta metros de altura. Atravesar aquel paso con olas de cinco o seis metros era muy peligroso, pero también la única solución que le quedaba.

Viró noventa grados a babor. El viento le empujó como si fuese la mano de un gigante. Saltando como un caballo sin domar, el barquito se precipitó a través del paso, en medio del furioso oleaje y de los aullidos del viento.

Las rocas desfilaron vertiginosamente a ambos lados. Drummell creyó que la travesía no iba a tener fin.

Y, de repente, la embarcación se precipitó en el centro de una bahía casi circular, con altos bordes, que decrecían hacia el centro, a media milla de la entrada. Allí, el agua se remansaba tranquilizantemente, acogedora, como si de súbito hubiera entrado en un mundo distinto.

Drummell divisó los edificios de una aldea de pescadores, un poco a babor. Los acantilados descendían gradualmente hasta situarse al nivel del mar. Vio también un malecón y gobernó con aquel rumbo.

Las gaviotas chillaban por encima de sus cabezas. El viento se había calmado casi por completo en el interior de la bahía. Drummell conectó el motor auxiliar.

Sujetó el limón y arrió el foque. Aferró luego todas las velas y, casi desmadejado, se pasó un paño por la cara llena de humedad. Por fortuna, tenía el cuerpo seco, gracias al traje impermeable que se había puesto apenas captó los primeros síntomas de la tempestad.

En lo alto el viento bramaba fragorosamente, pero sus rachas apenas si se percibían a ras del agua. Reinaba una extraña tranquilidad en aquella bahía, de la que Drummell no recordaba haber visto el menor detalle en los mapas que llevaba consigo.

Minutos más tarde, se acercó al malecón, al cual estaban amarrados dos desvencijados pesqueros. En algunas partes, la tablazón estaba agrietada y apenas si quedaban rastros de pintura. Ambos eran muy anticuados, con altas chimeneas, que se veían cubiertas de herrumbre. En las timoneras faltaban casi todos los cristales y la ausencia de buena parte del aparejo era fácilmente perceptible.

Aquellos barcos, pensó, debían de llevar allí muchísimo tiempo. Parecían abandonados, aunque no se le alcanzaban los motivos de tal abandono. De todos modos, no le importaba.

Había encontrado un refugio. En el pueblo, a doscientos pasos de distancia, se veían un par de ventanas con luz.

Anochecía ya cuando amarró el barco a un noray. El malecón quedaba a la altura de sus hombros y no vio una escala para trepar hasta su superficie. De repente, oyó pasos.

Levantó la vista. Una mujer joven, vestida con chaquetón, falda y botas de cuero, se detuvo a un par de metros de distancia.

—Hola —dijo Drummell alegremente—. Me sorprendió la tempestad en alta mar y tuve que capear el temporal hasta que pude encontrar este refugio. ¿Puede decirme dónde me encuentro?

—Está usted en Dylock's Bay, señor —contestó la mujer. Era muy joven y atractiva, pero había en su rostro una extraña expresión de gravedad y hasta casi de hostilidad—. Si me permite el consejo, le diré que debe marcharse apenas vuelva el buen tiempo.

Drummell se sorprendió enormemente al oír aquellas palabras.

—¿Qué sucede? —exclamó—. ¿No les gustan los forasteros? Le aseguro que no he venido a meter las narices en nada que no me importe, señora; sólo trato de refugiarme...

—Creo que ya he hablado bastante —dijo la joven. Hizo una leve inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y se alejó con paso largo y elástico.

Drummell se quedó unos momentos inmóvil, asombrado por la que le parecía incomprensible actitud de aquella muchacha. Luego, reaccionando, se dispuso a realizar los últimos e imprescindibles trabajos en su barco, antes de saltar a tierra.

Minutos más tarde, arrojó sobre el malecón un saco con su equipaje personal. Luego se izó a pulso ambas manos y saltó al muelle. Había una hilera de farolas, pero sólo una estaba encendida, aunque todavía había luz del día suficiente para poder desenvolverse con facilidad.

Antes de echar a andar, se volvió un instante hacia la entrada de la bahía. Fuera se divisaba el mar abierto, embravecido, tempestuoso, pero sus furores se calmaban en el interior de aquel círculo casi cerrado y de contornos poco menos que perfectos.

Cargó con el saco al hombro, se ajustó maquinalmente el gorro de lana y rompió la marcha hacia el pueblo que estaba a menos de doscientos metros de distancia.

CAPITULO II

Había olor a humedad y a salitre, a yodo y algas marinas, y también a pescado. Las casas estaban a poca distancia de un muelle que debería hallarse repleto de barcos y que se veía vacío. Puertas y ventanas se advertían cerradas en su inmensa mayoría.

Drummell divisó la muestra de una taberna, pero se sentía un poco cansado y con ganas de relajar la tensión mantenida durante las largas horas que había tenido que luchar contra la tormenta en sus principios. Avanzó unos pasos más y entró en una calle desierta, no demasiado larga y que se prolongaba en un camino que conducía a las cercanas colinas, situadas a unos mil metros de distancia.

El viento, aunque soplaba débilmente, hacía moverse la muestra de hierro de un establecimiento público, pendiente del brazo de hierro que sobresalía de la pared. La pintura estaba casi borrada, pero aún se podía leer el nombre del local: Posada del Cormorán y la Sirena.

La puerta estaba cerrada y llamó con la mano. Al apreciar que nadie le contestaba, volvió a llamar. Finalmente, se decidió a hacer girar el picaporte.

Empujó la puerta y dio dos pasos en el interior de la posada. Entonces vio algo que le hizo detenerse en seco, como si le hubieran atornillado los pies al suelo.

Al otro lado de la puerta no había nada, salvo las paredes y escombros de suelos y tabiques. Incluso parte del techo se había desplomado, y por él entraban sin freno las rachas de viento y las gotas de lluvia que ya empezaba a caer, desde unas nubes muy bajas y de siniestro color plomizo.

Drummell se sentía estupefacto. Había esperado ver quizá cosas raras, pero no un edificio del que, prácticamente, lo único sano era su fachada. De repente, oyó un extraño sonido y dio un salto hacia atrás momentáneamente asustado.

Un gato, no menos asustado, pasó bufando por su lado. Drummell torció el gesto.

—¿Adónde diablos he venido a parar? —masculló.

Bruscamente oyó a sus espaldas un sonido totalmente inesperado: la alegre carcajada de una mujer. Giró velozmente y la vio en la casa frontera, asomada a la ventana del primer piso, muy divertida, al parecer, por lo que le había sucedido.

Al cabo de unos segundos, Drummell consiguió sonreír.

—Celebro mucho que le haya divertido mi chasco —dijo—. Buscaba una posada, pero nunca me imaginé que apenas si quedara solamente la fachada.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Mi casa no es una posada, pero, a veces, alquilo habitaciones a huéspedes imprevistos —dijo—, venga, por favor.

Drummell cruzó la calle. A los pocos segundos, se abrió la puerta y ella se

hizo visible de nuevo. Era una mujer de treinta y tantos años, muy rubia, de formas ampulosas, vestida con una falda negra, parcialmente abierta a un costado y una especie de blusa de punto, roja, con un enorme escote redondo, que apenas si podía contener los redondos y macizos senos. Los dientes eran muy blancos y ella parecía orgullosa de lucirlos en una sonrisa interminable.

—Soy Kitty Owlen —se presentó—. Pase, señor...

—Drummell, Milo Drummell —dijo él—. Es un placer conocerla, señora Owlen.

Cruzó el umbral y se encontró en una amplia pieza, mezcla de cocina y salón, con una gran chimenea en uno de los lados, en la que ardían algunos troncos. No hacía un frío demasiado vivo, pero se agradecía el calorcillo que emitían las llamas.

—Luego arreglaré su habitación, señor Drummell —dijo Kitty—. Mientras tanto, siéntese y acomódese a su gusto. ¿Quiere un trago de buen aguardiente casero? También tengo carne fría, algo de verdura y leche. No es un menú de reyes, pero sí sustancioso y confortador.

—Algunos reyes, en tiempo, hubieran querido cenar en su casa —rió él. Dejó el saco en el suelo y se desabrochó el chaquetón impermeable—. ¿Puedo fumar? —consultó.

—Claro —Kitty le sirvió la copa—. Le ruego me perdone. No pude contenerme al ver su actitud cuando se encontró en una posada arruinada.

—Sí, me lo imagino, pero es que vi una taberna y tenía más ganas de descansar que de entrar a oír comentarios a los pescadores. Por eso busqué la posada...

—¿Pescadores? ¿Qué pescadores? Aquí no hay ninguno desde hace mucho tiempo. Y en la taberna ya no se sirven bebidas, porque tampoco hay clientes.

Drummell frunció el ceño. Bebió un trago de aguardiente. Era fortísimo, pero muy agradable.

—¿Qué sucede en este pueblo? ¿Acaso ha huido la gente a otras latitudes?

—En gran parte, así es, aunque todavía quedamos algunos habitantes, a quienes no les gusta la idea de abandonar Dylock's Bay. Yo me cuento entre los «resistentes».

—Tendrá sus motivos, supongo.

Kitty hizo un amplio ademán.

—Esta casa —respondió significativamente.

«Alguien quiere comprar el pueblo entero a bajo precio y fuerza a la gente a malvender», pensó Drummell.

—Siento lo que sucede —dijo—. La verdad, nunca había oído hablar de Dylock’s Bay, hasta que me lo dijeron en el malecón. Y nunca tampoco habría llegado a aquí, de no ser por el temporal.

—¿Viajaba en barco? —preguntó Kitty.

—Me tomé un par de semanas de vacaciones y quise hacer un poco el navegante solitario. Pero el temporal que se ha desatado me hizo buscar un refugio. Francamente, no soy de la clase de héroes que se arriesgan a capear

cualquier tempestad, para escribir luego un libro con sus experiencias de navegación.

—Y encontró la entrada de la bahía.

—Por casualidad, y muy afortunada, estimo —sonrió él.

—No es difícil entrar en la rada, si se conoce bien la costa. Pero, en fin, el caso es que ha llegado aquí y que está a salvo. Ahora mismo le serviré la cena. Luego le enseñaré su habitación.

—Es usted muy amable, señora Owlen, completamente distinta de la mujer a quien vi en el malecón, cuando estaba amarrando mi bote.

Ella le miró fijamente.

—¿Vio a una mujer? —exclamó.

—Una muchacha de unos veintitantos años, muy alta y de pelo negro. Pero no me recibió muy amistosamente. Dijo que debería marcharme apenas vuelva el buen tiempo.

—Ah, tiene que ser Opal Henry, no hay otra en el pueblo —dijo Kitty—. Es una chica un poco estrambótica; incluso hay quien dice que está algo loca. No debe hacerle caso, señor Drummell. Nadie le reprochará que se quede en Dylock's Bay todo el tiempo que quiera.

—Muchas gracias, señora.

Kitty le sirvió la cena poco después, en ocasiones inclinándose mucho sobre la mesa, con aparente naturalidad, pero con la evidente intención de mostrar los innegables encantos de su pecho exuberante. A! terminar su huésped, ella le guió hasta el piso superior y abrió una puerta.

—Su cuarto, señor Drummell —dijo—. Dispone de baño individual. Le deseo que descanse bien y no se preocupe de madrugar por el desayuno; se lo serviré a la hora que le parezca mejor.

—No sé cómo darle las gracias...

Kitty sonrió.

—Dar posada al peregrino es un deber que todo buen cristiano no puede desconocer —contestó—. Buenas noches, señor Drummell.

—Buenas noches, señora Owlen.

Drummell se acostó más tarde Antes, permaneció un rato junto a la ventana, contemplando la negrura de la noche. En el malecón, la única farola apenas si emitía la luz suficiente para disipar las tinieblas en un pequeño círculo. En el resto de las casas, no se veía ninguna luz ni tampoco en las calles.

El silencio hubiera sido absoluto, si el viento no hubiera soplado fuera, desde la bahía, con tanta fuerza. A pesar de la distancia y de la calma que reinaba en la rada, se percibían claramente los aullidos del vendaval y el ronco fragor de las olas que batían constantemente los acantilados de la costa exterior. Pero, al fin, el cansancio pudo más que todo y consiguió dormirse.

* * *

De pronto, despertó. Alguien hablaba a poca distancia del dormitorio.

Había dos personas. Una de ellas era Kitty. La otra era un hombre.

—Creo que no hay nada que temer de él —dijo Kitty—, Sólo es un navegante aficionado, que entró a buscar refugio contra el temporal.

—No me fío demasiado de él. ¿Y si es...?

Drummell no pudo oír el final de la frase pronunciada por el hombre. Le hubiera gustado saber qué oficio le achacaba el sujeto.

—No lo creo —contestó ella—, Pero lo puedes saber a ciencia cierta si registras su barco.

—¿Crees que no lo he hecho? —respondió él.

—¿Has encontrado algo?

—No. Esos tipos no son tan tontos como para llevar encima algo que pueda comprometerlos... Quizá no sea lo que pienso, pero, a pesar de todo, no me fío.

—A tu gusto, Hank. En lo que a mí concierne, pienso lo que ya te he dicho —Kitty rió fuertemente—. A ti se te antojan los dedos huéspedes —agregó, burlona.

—Sí, ríete, pero si resultase ser lo que sospecho, no lo pasaríamos muy bien.

Hubo un momento de silencio. Drummell intuyó que Kitty se había puesto repentinamente seria. Segundos más tarde, lo confirmó al oír su voz, de tonos muy distintos.

—Anda, será mejor que te marches. Drummell estará todavía algunos días aquí. Procuraré sonsacarle.

—Está bien.

El hombre se marchó. Drummell oyó claramente el ruido de la puerta de la calle.

Consultó su reloj de navegante. En la esfera luminosa vio que eran las doce y media de la noche solamente. Se preguntó qué era lo que sospechaban de él.

Durante unos momentos, se notó poseído por vagas aprensiones. Luego, de repente, encontró la respuesta y se sintió completamente tranquilizado.

«Son contrabandistas y me creen un oficial del Resguardo que quiere sorprenderles en sus maniobras delictivas», pensó.

Por él, podían seguir haciendo contrabando, se dijo. Bostezó un poco, volvió a estirarse, escuchó el distante rumor de la tempestad y volvió a dormirse.

* * *

Kitty apareció en la sala de la planta baja, fresca como una rosa, con la sonrisa en los labios. Ahora vestía con mucha más mesura y la blusa era holgada, cerrada de cuello y puños, y la falda amplia y nada ceñida a sus ampulosas caderas.

—Ha dormido bien, supongo —dijo.

—Como no dormía desde niño —contestó él.
—Lo celebro. Le traeré el desayuno en seguida.
—Gracias, señora...
Ella se volvió, sonriente.
—Puede llamarme Kitty, señor Drummell.
—Oh, como guste.
Kitty se marchó y regresó minutos más tarde, con una bandeja muy bien provista. Drummell había descansado perfectamente y atacó el desayuno con notable apetito. Al terminar, se sintió reconfortado y optimista.
—Debiera poner una posada o. por lo menos, un restaurante. Kitty —dijo.
—¿Para qué? Me arruinaría. Usted es el primer huésped en semanas. No merece la pena hacer una fuerte inversión, si luego no se tienen clientes.
—Eso sí es cierto —convino Drummell—, Bueno, me parece que continúa el mal tiempo. Creo que tendré que seguir aquí durante algunos días.
—Sí, seguro. Lo malo es... Si tiene familia o amistades, no podrá comunicarse con ellos. No hay teléfono en el pueblo. Jamás hubo telégrafo y no digamos ya de una mísera estación de radio.
Drummell se encogió de hombros.
—Tengo familia, pero el parentesco es un tanto alejado y, en cuanto a los amigos, no me echarán de menos una temporada —contestó—. Puede que me siente mejor estar aquí unos días que navegando en alta mar.
—Al menos, tendrá tranquilidad —aseguró Kitty.
El joven se puso en pie.
—Daré un paseo —anunció.
Kitty se quedó, recogiendo la mesa. Drummell se puso el chaquetón y el gorro y salió a la calle.
Lloviznaba y el tiempo era muy desapacible, aunque las rachas de viento, si bien constantes, tenían muy poca fuerza, debido a la protección de los acantilados que cerraban la bahía por el este. Una vez en la calle, se volvió para mirar hacia el camino que conducía a las colinas, situadas más cerca de lo que había calculado la víspera. Aquellas colinas formaban una especie de cordillera rocosa, muy abrupta y desolada, de trazado curvo. Parecía como si cerrasen el círculo de la bahía, y como ésta, también con un corte para el paso de la carretera, un angosto desfiladero de no más de cinco o seis metros de anchura, con muros laterales de quince o veinte metros de altura.
En tiempos, pensó, hubo bosques abundantes. Ahora sólo se divisaban laderas peladas y roídas por la erosión, casi sin tierra y con las rocas desnudas asomando agresivamente por la superficie. Si la gente emigraba de Dylock's Bay, se dijo, tenía buenas razones para hacerlo.
Volvió la cabeza y echó a andar hacia el puerto. Al llegar al muelle, miró a derecha e izquierda.
Se veían algunas ventanas con los postigos abiertos. Otras mostraban claramente que pertenecían a casas deshabitadas. No veía un alma en las inmediaciones.

Su barco, en el malecón, subía y bajaba lentamente con las ligeras oscilaciones provocadas por el oleaje que se frenaba en los acantilados y cuyos reflejos penetraban a través del canal. Casas abandonadas, dos barcos pesqueros también abandonados... Un lugar deprimente, se dijo.

Entonces, alguien pareció adivinar sus pensamientos.

—Dylock's Bay es ahora el lugar más deprimente que he visto en los días de mi vida —sonó una voz de mujer a su lado.

CAPITULO III

Drummell se volvió. La muchacha estaba a su lado, vestida con un impermeable amarillo, cuya capucha quedaba a la espalda. El pelo, negrísimo, suelto, se agitaba en ocasiones por alguna racha suelta de brisa marina. La hermosa cabellera enmarcaba un óvalo de perfectos contornos y piel marfileña, en la que destacaban dos ojos, grandes, rasgados, de pupilas intensamente verdes.

Ella tenía las manos en los bolsillos del impermeable. Drummell no podía ver el resto de su indumentaria, salvo los pantalones, metidos en las cañas de unas botas de cuero, de medio tacón. Era una muchacha guapísima, se dijo.

—A decir verdad, lo deprimente del pueblo está en el ambiente y no en las personas —contestó él—. Pero, claro, depende de los puntos de vista, señorita Henry.

—Ah, sabe mi nombre.

—Me lo dijo la señora Owlen. Tuve suerte al hospedarme en su casa. No puede imaginarse el chasco que me llevé al entrar en la posada y ver que sólo era pura fachada.

Opal sonrió ligeramente.

—Me hubiera gustado verlo —confesó—, ¿De veras entró buscando refugio?

—¿Quién se cree que soy? —Exclamó él, un tanto enojado—, ¿Algún agente secreto que viene a investigar sabe Dios qué asunto de espionaje?

—Dispense, no quise molestarle...

—Mi nombre es Milo Drummell y soy aficionado a navegar. No pertenezco a ninguna organización, gubernamental o privada, y si estoy aquí es por los motivos que ya expresé. Me disgustaría que la gente me tomase por lo que no soy, señorita Henry.

—Le pido disculpas nuevamente —dijo ella—. Cuando anoche le di un consejo, lo hacía de buena fe; créame, señor Drummell.

—Me dio un consejo... y usted no lo sigue, a lo que parece. Es decir, si vive aquí.

Opal tendió la mano hacia el lado norte de la bahía.

—En efecto, vivo en Dylock's Bay, en aquella casa, un poco separada de las demás. Pero sólo estoy pasando una temporada... por motivos de salud.

Drummell examinó la casa, algo más grande que la generalidad de las que componían el pueblo, y con un excelente aspecto. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Creo que me he portado con poca cortesía —dijo—. Yo también debo disculparme, señorita Henry. Seguramente, usted lo dijo con toda la buena intención del mundo.

—No se preocupe —contestó ella—. De todos modos, si quiere venir a visitarme en algún momento, me sentiré encantada de ofrecerle una taza de té.

—Muchas gracias. La verdad es que me siento un poco confundido. Este pueblo, en efecto, deprime a cualquiera... Abandonado casi por completo... Claro que no hay muchas perspectivas, me imagino, y por eso emigra la gente.

—Hay otros motivos —dijo Opal.

—¿Sí?

Ella fue a hablar, pero pareció pensárselo mejor y cerró la boca. De pronto, se oyó un sonido totalmente inesperado en aquellas circunstancias.

Un coche frenó ruidosamente a pocos metros y su ocupante se apeó de un salto. Era un hombre de buena estatura, corpulento, vestido con un chaquetón forrado de piel y jersey de cuello alto. Llevaba la cabeza descubierta y su pelo era oscuro, muy abundante, terminado en un agudo pico sobre la frente.

Drummell observó un gesto de disgusto en la muchacha. El hombre dio dos pasos y agitó una mano.

—Opal, acérquese, quiero hablar con usted —dijo imperativamente.

—Señor Stiller, usted y yo no tenemos nada de qué hablar —contestó la muchacha—. Sobre todo, si pensamos en la persona que le envía. Vuélvase a Highlane House y dígale a su dueño que mi respuesta a sus pretensiones es y será siempre la misma. Eso es todo.

Stiller apretó los labios. Drummell llegó a pensar que el individuo iba a agredir a la muchacha.

Sin embargo, no sucedió nada de lo que temía. Stiller asintió.

—Se lo diré. Y no le gustará —contestó.

—Eso me es indiferente —aseguró la muchacha fríamente.

Stiller ya no habló más. Dio media vuelta, se metió en el coche y arrancó brutalmente.

El coche había quedado con el morro apuntando hacia el mar. Stiller tenía que virar para regresar a su punto de origen y en la explanada del muelle, aunque más bien angosta, había espacio suficiente.

El motor rugió, mientras las ruedas chillaban al dar vueltas en el suelo húmedo. Stiller hizo virar coche ceñidamente, a la vez que aumentaba la velocidad. De pronto, Drummell se dio cuenta de que el vehículo se le echaba encima.

Apenas si tuvo tiempo de saltar hacia atrás, para evitar el atropello. Opal también tuvo que retroceder un paso.

—¡Estúpido! —Gritó el joven—. ¡Ha podido matarnos, condenado bastardo!

Stiller no se detuvo a disculparse; ni siquiera les miró. Una vez hubo enfilado la calle, pisó el acelerador a fondo y enfiló la carretera a gran velocidad, mientras el motor de su coche rugía atronadoramente.

—¿Ha visto ese imbécil? —Dijo Drummell, rebosante de indignación—. Me gustaría echármelo a la cara, para darle un buen puñetazo, créame.

—Ha sido un poco imprudente, en efecto —contestó ella.

—¿Imprudente? Yo diría más bien... —El joven se interrumpió de pronto

—. Parece que tiene problemas con ese tipo.

—No exactamente con él, sino con... Bien, creo que este es un asunto privado que no le concierne a usted. Dispense la forma de hablar, señor Drummell.

Opal hizo una inclinación de cabeza, dio media vuelta y echó a andar hacia su casa. Drummell, desconcertado e intrigado a un tiempo, la contempló durante algunos segundos. Allí sucedía algo raro, se dijo, pero la chica tenía razón: no era un asunto de su incumbencia.

Se tanteó los bolsillos y notó que no tenía tabaco. En el camarote de su velero tenía algunos cartones. Se llevaría uno para tenerlo a mano en su alojamiento.

Cuando entró en el camarote, advirtió que algunas cosas no estaban en su sitio. La evidencia saltaba a la vista: alguien había registrado su barco.

¿Quién? ¿El amigo de Kitty? ¿Por qué?

* * *

—¿Quién es Opal Henry? —preguntó Drummell.

Kitty le servía la comida y pareció sobresaltarse un tanto al oír aquellas palabras.

—Ah, se refiere a la casa del lado este del pueblo...

—Más bien a la joven que vive allí —sonrió Drummell.

—Es una chica muy bonita, pero también pagada de sí misma. Vive sola allí, bueno, con una vieja sirvienta. En tiempos, creo, su padre poseía media docena de casas y unos cuantos pesqueros. Pero se arruinó y tuvo que malvender sus propiedades. Excepto la casa en que ella reside actualmente.

—Con su aspecto, no parece la clase de persona a la que agrade vivir aquí. Debería estar en otro sitio menos... triste, ¿no le parece?

Kitty se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya —respondió—, ¿Por qué lo quiere saber?

—Estaba con ella cuando fui al muelle. Vino un tipo llamado Stiller y le dijo que quería hablar. Opal le contestó muy irritada y dijo que se volviera a Highlane House y que dijera a su dueño lo que ya sabía de sobras. Eso fue todo.

—Opal no está en muy buenas relaciones con el señor Arkane —declaró Kitty.

—¿Por qué?

Kitty sonrió de un modo especial.

—Debería preguntárselo a ella, ¿no le parece?

—Sólo era curiosidad —dijo el joven—. No es un asunto que me interese.

—Claro. Será mejor que se siente; le serviré la sopa dentro de cinco minutos.

Ella se marchó a la cocina y regresó a los pocos momentos con una gran sopera en las manos. Al servir el plato, se inclinaba exageradamente junto al

joven. De pronto, Drummell percibió en su mejilla el cálido contacto de un seno henchido. Pensó que había sido un gesto motivado por la postura, pero la presión que ella realizó insistentemente, le convenció de que era deliberadamente buscado.

Sintióse un tanto incómodo. Aunque Kitty era muy hermosa, en aquellos momentos, lo que menos sentía era deseos de complicarse la vida con una aventura. El atractivo sensual de Kitty era muy grande, pero, al mismo tiempo, sentía hacia ella una especie de repulsión, cuyas causas no acababa de encontrar.

Kitty se despegó en seguida. Fastidiado, aunque sin mostrar señales de haber advertido la maniobra, Drummell lanzó una mirada hacia el gran barómetro que había colgado de una de las paredes.

Maldijo el tiempo. El temporal iba a prolongarse más de lo que hubiera deseado.

Después del almuerzo, se equipó de nuevo y abandonó la casa. En la puerta, dudó un momento; luego, de pronto, echó a andar por la escalera que conducía a las colinas.

Su paso era firme y sostenido. Un cuarto de hora más tarde, llegó al angosto desfiladero, cuya longitud, calculó, era de unos ciento cincuenta metros. En aquel punto, la carretera iniciaba un ligero declive. Un poco más adelante, se detuvo y vio Highlane House.

Estaba a unos quinientos metros, en medio de un numeroso grupo de robles y olmos. El tejado, de pizarra gris, asomaba por encima de las copas de los árboles. El edificio, apreció, tenía planta y primer piso. Su aspecto era más bien corriente: un caserón grande, incómodo y poco acogedor en sus orígenes, pero ahora restaurado y, seguramente, confortable por dentro.

Desde allí no podía ver más detalles ni quería acercarse para no ser tomado por lo que no era. ¿Quién diablos le creía un agente de la ley?, se preguntó.

De pronto, oyó una risita cascada a su lado.

—¿Le gusta el panorama?

Drummell se volvió. Como salido de la tierra, había un hombre a su lado, con una vieja escopeta colgada del hombro. Era un sujeto que contaba unos sesenta años al menos, con barba entrecana, de más de dos semanas, y una sonrisa socarrona que le hacía enseñar los dientes amarillos por la nicotina.

—No es desagradable —contestó el joven.

—Tampoco es para dar saltos de alegría. Perdón, me llamo Timothy Squarles.

—Soy Milo Drummell. Llegué ayer...

—Lo sé. Le vi desde la taberna. Dylock's Bay es uno de los mejores refugios contra las tormentas que hay en muchas millas de costa.

—Parece un pueblo de pescadores, pero no vi ninguno. Sólo hay dos barcos abandonados...

Squarles acarició su escopeta.

—Yo fui pescador en otros tiempos. Ahora tengo que salir a cazar de

cuando en cuando, para echar algo de carne al puchero. Las cosas están muy mal en el pueblo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no hay casi gente? —preguntó Drummell ávidamente.

Squarles movió la cabeza en dirección a la casa.

—Tendría que preguntárselo al dueño de Highlane —contestó. Se llevó dos dedos a la sien—. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Drummell.

El hombre se marchó con paso bastante vivo. Drummell le contempló durante unos segundos.

¿Un cazador sin perro?

Allí pasaban cosas muy extrañas, se dijo. Todo el pueblo era extraño. De repente, deseó estar a un millón de kilómetros de aquel lugar.

CAPITULO IV

Después de cenar y, aunque le constaba que ya no se vendían bebidas, fue a la taberna. Al abrir la puerta, vio a tres hombres sentados en torno a una mesa, cuchicheando con actitud de conspiradores.

—Todavía me queda un poco de dinamita, si viene —decía uno de ellos en aquel momento.

Al oír el ruido de la puerta, los hombres interrumpieron su conversación y se volvieron para mirarle. Otro, en pie junto a un mostrador desoladoramente vacío, le estudió críticamente.

El hombre que estaba en pie avanzó hacia Drummell.

—Perdón, señor —dijo—. Esto ya no es una taberna. Hace mucho tiempo que no servimos bebidas.

—Siento haberles molestado —se excusó el joven—. Vi luz y me pareció...

—Ahora es una casa particular,

Drummell entendió el sentido de la frase. Estaba en un lugar privado.

—Disculpe. Buenas noches.

El hombre no contestó. Mientras se acercaba a la puerta, Drummell sentía en su nuca la mirada de aquel sujeto. Abrió y salió a la noche oscura, húmeda y desapacible.

Volvió la cabeza hacia su izquierda. En la casa de Opal había luz. Sintióse tentado de ir a conversar un rato con la muchacha, pero desistió en el acto y retornó a su alojamiento.

Kitty estaba junto a la chimenea y sonrió irónicamente.

—Ha regresado muy pronto —observó.

—Fui a la taberna. No me acogieron con vítores y pétalos de rosas.

—La gente de este pueblo no se distingue precisamente por su hospitalidad. Si tenía ganas de tomar una copa, ¿por qué no me la pidió a mí?

—Más bien quería pasear un poco, charlar con la gente...

—Se aburre, ¿verdad?

Drummell hizo un gesto ambiguo.

—Tengo algo de lectura —contestó—. Me entretendré mientras llega el sueño.

—¿De veras no quiere una copa?

Kitty había vuelto a ponerse aquel jersey rojo de gran escote. Drummell la miró unos instantes y luego hizo un gesto negativo, a la vez qué ponía la mano en la barandilla de la escalera.

—Gracias —rechazó el ofrecimiento—. No me apetece, Kitty.

Puso el pie en el primer escalón, pero, de pronto, recordó algo y se volvió hacia ella.

—Disculpe, Kitty, pero quiero decirle una cosa. Cuando entraba en la taberna, oí a uno de los hombres que decía tener aún algo de dinamita, por si

venía no sé qué... ¿Puede decirme a qué se refería?

—Ah, seguramente hablaban del monstruo.

—¿Cómo? —exclamó Drummell, atónito.

—En alguna parte de la bahía vive un monstruo marino, seguramente escondido en alguna cueva situada bajo la superficie, hacia los acantilados. Ya ha causado dos víctimas.

—No puedo creerlo —dijo el joven, pasmado.

—Lo crea o no, es la pura verdad. El monstruo es una de las causas por las que la gente abandona este pueblo.

—Fantástico... ¿Lo ha visto usted?

Kitty cerró los ojos un instante.

—Preferiría no haberlo visto —respondió, estremecida de los pies a la cabeza—, A veces, aún sueño con aquella horrible cosa... La víctima era arrastrada inexorablemente hacia el mar y chillaba de forma espeluznante... y nadie pudo hacer lo más mínimo para salvarla...

Drummell subió a su habitación, lleno de perplejidad. ¿Era cierto lo que había dicho Kitty? ¿Se trataba de una fábula destinada a impresionarle, a fin de conseguir que se marchara del pueblo cuanto antes?

Cada vez estaba más persuadido de ello: el contrabando, y sin duda, muy fructífero, era la ocupación exclusiva de los pocos habitantes de Dylock's Bay. Y no les gustaba que un extraño viniera a importunarles.

Sobre todo, si creían que pertenecía al Resguardo.

* * *

Estaba completamente desvelado, con un libro en las manos, pero le resultaba difícil concentrarse en la lectura. Las letras, las palabras y las frases, resbalaban en su mente como la lluvia en un tejado recién construido.

Nervioso, encendió un cigarrillo más. Maldijo entre dientes. Si no fuese por el temporal, se iría inmediatamente. Empezó a sopesar la posibilidad de alquilar un coche. Estaba allí por culpa de un maldito barco. ¿Por qué quedarse a cuidar de algo que nadie se iba a llevar?

En cuanto amaneciese, buscaría el coche, decidió.

Le pareció que se había relajado al pensar en aquella solución y se dispuso a apagar la luz. Entonces, silenciosamente, se abrió la puerta.

Kitty apareció en el umbral, con el pelo suelto y ataviado con una bata de tejido muy fino, debajo de la cual, era fácil verlo, no llevaba nada más. Los tules, de color rojo vivo, permitían apreciar sin dificultad las formas opulentas de su cuerpo rebosante de sensualidad.

—Hola —dijo ella desde el umbral.

Drummell se apoyó en un codo. Kitty seguía sonriendo provocativamente. Hasta el más tonto se habría dado cuenta de sus intenciones.

Kitty dio un par de pasos más y cerró suavemente.

—He dicho hola —añadió, en vista del silencio de su huésped.

—Kitty, ¿esto va incluido en el precio del hospedaje o lo factura aparte? —preguntó él maliciosamente.

—Digamos que es cortesía de la casa —respondió ella, con una alegre carcajada—. Si es que se digna aceptar la invitación.

Drummell sintió que la sangre le empezaba a hervir. Estaba seguro de que ella venía a sonsacarle. Bueno, ¿y qué?, se dijo. Era una tontería desaprovechar la ocasión.

—Ven —llamó.

Kitty se acercó a la cama. Drummell la hizo sentarse en el borde. Luego bajó la parte superior de la bata. El pecho, espléndido, quedó al descubierto.

—Eres hermosa —dijo roncamente.

Y buscó sus labios con avidez, mientras sus manos se movían en ardientes caricias sobre el torso sensual de la mujer.

Ella le abrazó con fuerza. Su boca correspondió apasionadamente. No había palabras entre los dos: sólo gemidos y suspiros. Y, de súbito, algo rompió el hechizo del momento.

Un hombre emitió un alarido horripilante. El grito, espantosamente fuerte, llegó con claridad hasta el dormitorio.

Drummell rompió el contacto instantáneamente.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los gritos se repitieron. Expresaban un terror infinito.

Kitty estaba muy pálida.

—¡El monstruo! —exclamó.

—¿Qué...?

Drummell olvidó en el acto el fuego que le devoraba y, saltando de la cama, empezó a vestirse apresuradamente. Además de los alaridos de la persona que, al parecer, era víctima de la fiera marina, se oían gritos de otras personas.

—¡No salgas! —gritó Kitty, asustadísima—. ¡Puede arrastrarte a ti también!

El joven no le hizo caso. En menos de dos minutos, estuvo completamente vestido y se lanzó fuera de la habitación.

En la chimenea quedaban todavía algunos troncos ardiendo. Drummell agarró uno que sólo quemaba por un extremo. Con aquella improvisada antorcha en la mano, se precipitó fuera de la casa.

En el muelle sonó un estampido.

—¡Dios, los perdigones no le hacen nada! —gritó Squarles.

Drummell corrió calle abajo. Al aparecer en el muelle, vio algo espantoso.

La luz era insuficiente para divisar con claridad la forma del animal, pero sí pudo ver a un hombre que se debatía ferozmente entre lo que parecían unos tentáculos. Era una masa grisácea y no se sabía si era pez o calamar gigante. En la base de los tentáculos, había dos ojos grandes, redondos.

Pero la visión duró escasos segundos. El monstruo y su presa se sumergieron en las aguas, con grandes chapoteos.

Había un par de mujeres, que sollozaban afligidamente. Squarles, tenía las manos crispadas en torno a su escopeta.

De pronto, llegó un hombre con un objeto largo y cilíndrico en las manos.

—¡Dejadme! —gritó—. Voy a ver si acabo con esa maldita fiera.

Los pocos curiosos que habían acudido, retrocedieron.

Drummell reconoció al hombre que había mencionado la dinamita. Sí, era un cartucho de explosivo lo que aquel sujeto tenía en la mano derecha.

El hombre prendió la mecha y esperó unos segundos. Luego se acercó al borde del muelle, tomó impulso y lanzó el cartucho con todas sus fuerzas.

Una enorme columna de agua subió a las alturas, a la vez que se escuchaba un tremendo estampido. Hubo unos cuantos remolinos y una serie de burbujas, que desaparecieron rápidamente, y luego las aguas recobraron su aspecto de relativa tranquilidad.

—Creo que no has hecho bien, Tom Settle —dijo Tim Squarles—. La explosión ha podido matar al pobre Bodderlin.

El hombre de la dinamita se revolvió furioso.

—Bodderlin estaba ya muerto en el momento en que el monstruo hizo presa en él —contestó desabridamente—. Pero yo confío en que la explosión haya matado a esa maldita bestia.

—¿Te sumergirás para comprobarlo?

Settle pareció desconcertarse. La pregunta, en efecto, era hábilmente intencionada, apreció Drummell.

De pronto, Settle dio media vuelta y se alejó con paso rápido. Los pocos espectadores de la tragedia, media docena de hombres y un par de mujeres, vacilaron un poco y acabaron por marcharse también.

—Si hubiese dispuesto de un rifle pesado, habría acabado con el monstruo —dijo Squarles, lamentándose de no disponer más que de una escopeta corriente, con perdigones para piezas pequeñas.

Drummell asintió.

—Señor Squarles, usted es hombre de experiencia. ¿Qué clase de bestia es esa que hemos visto?

—No podría responderle, señor; hasta que apareció en el pueblo, nunca había visto nada semejante —fue la sorprendente respuesta del antiguo pescador.

Drummell se sentía desconcertado. Squarles le saludó y se marchó, dejándole solo en el muelle.

Todavía tenía en la mano la inútil antorcha. Movió el brazo y el palo encendido describió un llameante semicírculo en el aire, que se extinguió con leve chasquido, al apagarse en las negras aguas del muelle.

Allí ya no tenía nada que hacer, se dijo. Giró sobre sus talones y casi chocó con Opal Henry.

Parpadeó, sorprendido. La muchacha estaba allí, inmóvil, mirándola fijamente.

—¿Lo ha visto? —preguntó ella.

—Sí. Yo no puedo opinar, porque no soy experto, pero usted... ¿tiene alguna idea sobre el particular?

—Es curioso —murmuró Opal—. El pobre Bodderlin se resistía a vender su casa. Como sucedió con los otros dos que también fueron muertos por el monstruo.

—¿Qué quiere decir eso, señorita Henry?

—Nada —contestó ella—. Absolutamente nada.

Opal dio media vuelta y se alejó. Su impermeable amarillo se hizo más pequeño cada vez, hasta desaparecer por completo de la vista del joven.

CAPITULO V

—Kitty, ¿dónde puedo alquilar un automóvil?

Ella puso el plato delante de su huésped y soltó una agria risotada.

—¿Alquilar un coche? ¿Quién le ha metido en la cabeza esa descabellada idea?

—No me gusta lo que está pasando aquí —respondió Drummell—. Usted me comprende, ¿verdad?

—Claro. Pero en el pueblo no hay más que dos personas con coche: el dueño de Highlane House y Opal Henry. Pero si te marchas, tendrás que abandonar el barco...

—Volveré a recogerlo, no importa. El caso es salir de aquí.

Y cuanto antes mejor.

—No te gusta el panorama, ¿verdad?

Drummell recorrió con la vista el espléndido cuerpo de Kitty.

—En otras circunstancias, me quedaría una eternidad —contestó.

—Fue una lástima, si —suspiró ella—. Cuando estábamos en lo mejor...

Sonrió maliciosamente.

—Pero no todos los días sale un monstruo del fondo del mar —añadió.

Drummell no dijo nada. Si Opal le prestaba su coche, no habría nueva visita de Kitty a su dormitorio.

Al cabo de unos minutos, terminó el desayuno y se puso en pie.

—Creo que conseguiré que Opal me deje su coche —dijo—. Téngame preparada la factura, Kitty.

Ella mostró claramente la decepción que sentía.

—Sí, señor —contestó sobriamente.

Drummell salió a la calle. Llegó al muelle y se detuvo en el punto donde había visto sumergirse al monstruo.

¿Dónde estaría ahora?

Tendió la vista hacia los acantilados. En algún lugar de aquella abrupta costa había una cueva submarina, donde la bestia tenía su guarida. Pero, ¿era posible que existiesen tales seres en pleno siglo XX?

Al cabo de unos minutos, echó a andar. Poco después, llegaba a la puerta de la casa donde vivía Opal.

Había un grueso picaporte de hierro forjado. Los golpes resonaron con fuerza en el interior del edificio.

La puerta se abrió a poco. Opal le miró inexpresivamente.

—Buenos días —dijo la muchacha'.

—Buenos días —saludó él cortésmente.

—Si ha venido a comentar lo que sucedió anoche...

—Temo que se equivoca, señorita Henry —atajó Drummell con viveza—. Lo que sucedió anoche, opino, es un asunto privado de las gentes de este pueblo. Y precisamente por eso mismo estoy aquí, para que usted me ayude a

abandonar Dylock's Bay.

—No le entiendo, francamente —dijo la muchacha.

Drummell sonrió. Ahora podía verla mucho mejor. Opal llevaba el pelo sujeto por una cinta de terciopelo negro y vestía un pullover de cuello alto, que modelaba perfectamente las suaves curvas de su pecho joven y firme. La delgada cintura se prolongaba en unas caderas de irreprochables contornos, enfundadas en unos pantalones negros, cuyos bajos desaparecían en las botas del mismo color.

—¿Ya me ha examinado a su gusto? —preguntó Opal un tanto irritada.

—Dispense... —Drummell se puso encarnado—. Es usted muy hermosa...

—No creo que eso le ayude a marcharse de aquí —contestó ella secamente.

—No, pero su coche sí.

Hubo un instante de silencio.

—¿Ha venido a pedirme el coche? —dijo Opal por fin.

—Si es preciso, se lo compro —Drummell metió la mano en uno de los bolsillos de su chaquetón y extrajo un talonario de cheques—. Mire —indicó —, hay diez cheques, avalados por mi Banco hasta cinco mil dólares cada uno de ellos. Fije el precio y se lo pagaré en el acto.

—Pero es que no quiero vender el coche.

—Entonces, préstemelo y escriba usted misma la cantidad que estime justa por el alquiler.

—¿Tanto le interesa marcharse de Dylock's Bay, señor Drummell?

—El temporal no amaina. Si hiciese mejor tiempo, me iría en mi barco. Pero no quiero arriesgarme; por eso estoy aquí. Sé que hay otro coche, pero no conozco a su dueño, el hombre que vive en Highlane House.

—Ese no se lo dejaría por todo el oro del mundo —dijo Opal fríamente.

—¿Y usted?

El rostro de la muchacha se suavizó al fin.

—Creo que no me estoy portando demasiado bien con usted —dijo—. Acompáñeme, por favor.

Drummell siguió a la muchacha. Cruzaron un amplio zaguán, atravesaron la cocina, donde una mujer de cierta edad trasteaba con los cacharros, y salieron a un patio posterior, en el había un cobertizo especialmente adecuado para guardar un automóvil.

Opal levantó la puerta plegable. Drummell lanzó un suspiro de satisfacción al ver el «Volkswagen» resguardado en el garaje.

—Lléveselo —dijo ella—. Ya me lo devolverá cuando le parezca.

—Vendré yo mismo, con un remolque —aseguró Drummell—. Y ahora...

Arrancó un cheque y se lo tendió a la joven.

—Está firmado —indicó—. Escriba usted misma la cantidad que estime justa.

Opal rechazó el cheque con un gesto de su mano.

—No quiero cobrarle nada —respondió.

—Le haré un buen obsequio —sonrió él.

Abrió la portezuela, se sentó tras el volante y dio el contacto.

Se oyó un ruido extraño. El motor no arrancó.

Drummell insistió. Todo parecía en orden y había gasolina suficiente en el depósito. ¿Estaría descargada la batería?

Al cabo de unos momentos, desanimado, se apeó.

—A este coche le sucede algo —dijo.

—Quizá está frío el motor. Hace tiempo que no lo utilizo.

—No, no es eso; ya tendría que haber arrancado...

Fue hacia la zaga, levantó la tapa y, en el acto, lanzó una sonora interjección:

—¿Quién diablos se ha llevado las bujías?

* * *

La sirvienta llenó las tazas y se retiró discretamente, dejándolos solos en un saloncito, situado en la planta baja, y desde el que se divisaba una amplia panorámica de la bahía. La estancia se hallaba situada en línea con el eje del paso que permitía el acceso a la rada, lo que permitía ver el formidable oleaje que había en el exterior. La fuerza de las olas, sin embargo, se atenuaba considerablemente en el canal y sólo llegaban al interior pálidos reflejos de la agitación que reinaba en el mar abierto. Las ondulaciones provocadas por las olas morían gradualmente en la boca interna del canal y la superficie de las aguas se volvía tranquila, casi espejeante, a unas docenas de metros de dicho acceso.

Drummell tomó un sorbo de café y miró a la muchacha.

—El cobertizo no está cerrado con llave —dijo.

—No. ¿Para qué? No pensaba en una cosa semejante y, todavía menos, en el robo del coche.

—Supongo que no ha oído ningún ruido sospechoso durante la noche. No la pasada, claro, sino en otras.

—No, no he oído nada.

—¿Sospecha de alguien?

Opal sonrió tristemente.

—¿De qué me serviría mencionar un nombre?

—Suponiendo que sea él, ¿con qué objeto lo habría hecho?

—Hace tiempo que quiere comprar mi casa. Yo me niego rotundamente. Ahí está el conflicto.

—¿Le gusta vivir aquí?

—¿A quién le agrada que le empujen hacia el norte, cuando quiere dirigirse al sur?

—Es una respuesta un tanto sibilina —calificó Drummell—. Pero puedo deducir que, si vende, lo hará libremente, sin presiones.

—Y no a ese hombre, por supuesto.

—¿Puedo conocer las causas?

—En primer lugar, Dylock's Bay no es tan horrible como parece. Hubo un tiempo en que era un pueblo alegre, donde era un placer vivir y en el que reinaba la paz y la amabilidad entre sus vecinos. Cuando viene el buen tiempo, es maravilloso... Me refiero a épocas normales, no como la que estamos atravesando. Incluso, en invierno, es bonito. Se puede llegar a la cima de los acantilados por un sendero bastante cómodo. Cuando ruge la tormenta, es un espectáculo inolvidable, se lo aseguro.

—La creo —sonrió él—. Siga, por favor.

—Me gusta la casa para mis vacaciones y algunas estancias en distintas épocas. Y, finalmente, lo que no me gusta en absoluto es el precio ridículo que me ofrecen por la propiedad.

—Quiere comprar barato, ¿eh?

—Así consiguió la mayoría de las casas. Puede que sólo haya cinco o seis que aún no le pertenecen.

—Eso significa que está decidido a comprar el pueblo. ¿Conoce sus motivos?

—No. Nunca lo dijo. Simplemente, hace una oferta y eso es todo.

—Muchos, por lo visto, aceptaron. ¿Por miedo?

Opal asintió levemente.

—Creo que sí —musitó.

—Estoy pensando... ¿No le parece que resultaría interesante averiguar sus motivos?

—¿Lo diría si se lo preguntásemos? Temo que no le conoce bien, señor Drummell.

—No le conozco en absoluto, puesto que no le he visto nunca. Pero no me gustan las cosas que están pasando. El robo de las bujías del coche, el registro de mi barco...

Ella respingó.

—¿Han registrado su barco? —exclamó.

—Y no se han cuidado demasiado de ocultar su acción.

—Acaso sospechan de usted —apuntó ella.

—¿Por qué? Sólo soy un navegante aficionado, que pensaba disfrutar de dos semanas en alta mar y que se vio obligado a refugiarse en esta rada. Ni siquiera había oído hablar de Dylock's Bay hasta que llegué al pueblo. Pero hay una cosa que se puede afirmar, sin temor a errar.

—¿Qué es, señor Drummell?

—Cuando actúan de esa forma, es que tienen algo que ocultar. Y no es nada honesto, créame.

Opal extendió las manos.

—A mí no se me alcanza qué puedan hacer ni qué pretenden. Todos los esfuerzos que he realizado hasta el momento, han sido inútiles. Es como si se hubieran parapetado tras un muro insalvable. Nadie tiene hasta el menor momento una idea siquiera mínima de lo que se proponen.

—Está hablando en plural —observó Drummell.

—Bueno, él tiene una especie de secretario... Usted ya lo conoce, Hank Stiller. Y un ama de llaves, Rheba Conklin, aunque yo diría más bien que desempeña otro papel.

—Será joven y guapa —sonrió él.

—Yo pienso que es su ángel malo. De todas formas, hablo casi por conjeturas. Lo que son simples hechos, usted ya los conoce.

Drummell se puso en pie.

—Debo darle las gracias por su amabilidad —dijo—. Lamento lo ocurrido y, me imagino, es inútil pensar que haya aquí una tienda donde se puedan comprar repuestos de automóvil.

—No, no la hay. Y lo peor de todo será cuando se me acaben las provisiones. Suelo hacer un viaje semanal a Biddeford, pero en estas circunstancias, no sé cómo resolveré ese problema. Son más de veinte millas... claro que, si no hubiese otro remedio, iría a pie.

—Quizá se solucione ese problema muy pronto —sonrió él.

Estaba pensando en hacer una incursión nocturna en Highlane House. Devolverle la pelota, parecía lo más adecuado, se dijo, después de despedirse de la muchacha.

Kitty le acogió con maliciosa sonrisa a la hora del almuerzo.

—Has fracasado —dijo.

—Sí —mintió Drummell—. Opal se ha negado en redondo a prestarme su coche.

—Lo siento.

—¿Lo sientes o te alegras?

Ella volvió a sonreír.

—Respóndete tú mismo —dijo.

* * *

La noche había caído hacía rato. Drummell había estado en el barco, del que tomó algunos objetos que podían serle útiles, entre los cuales figuraba una potente linterna eléctrica. También llevaba algo de cuerda, un cuchillo de pescador submarino y fósforos, amén de una llave para bujías. De pronto, oyó el tenue sonido del agua que corría en el baño contiguo.

Kitty estaría entretenida durante algún tiempo. Aprovechó la ocasión, apagó la luz y se deslizó sigilosamente hacia la planta baja.

Abrió la puerta sin hacer el menor ruido. Cuando salía de la casa, estuvo a punto de tropezar con una persona.

Opal emitió un pequeño grito de susto. Drummell respingó primero y sonrió después.

—Creo que ambos hemos tenido el mismo pensamiento —dijo.

Ella escrutó su rostro en la oscuridad.

—¿Va a Highlane?

—Sí. Allí hay un coche. Tendrá bujías, es de suponer.

Opal sonrió.

—Hemos coincidido —dijo—. Pero usted debiera quedarse en casa.

—¿Por qué?

—A mí se me podría disculpar, si me sorprendieran. En cambio, usted...

—Soy un forastero, ¿no?

—Pero si tanto insiste en ayudarme...

Drummell hizo un gesto afirmativo. Opal le aceptaba a su lado. Resultaba confortadoramente agradable.

Echaron a andar hacia la oscuridad y el misterio.

CAPITULO VI

La oscura silueta de la casa apareció casi repentinamente ante los ojos de los dos jóvenes. Las luces estaban completamente apagadas. O quizá estaban corridas las ventanas en los lugares iluminados, pensó Drummell.

—¿Hay perros en la casa? —preguntó él, repentinamente aprensivo.

—Detesta a los animales —contestó Opal, lacónica.

—Bueno, eso elimina un riesgo. ¿Dónde tiene el coche?

—Venga —dijo ella.

Reanudaron la marcha. Dieron la vuelta a la casa y Opal se acercó a una puerta de grandes dimensiones.

—Este es el garaje —murmuró.

—Usted, por lo visto, ya ha estado aquí antes.

—Sí. La casa perteneció hace años a unos amigos de la familia. Luego, él murió y la viuda se deshizo de la propiedad.

—Suele suceder —convino Drummell.

Se acercó a la puerta y tanteó la cerradura. Sólo había un simple cerrojo de pasador, que descorrió de inmediato.

—El paso está libre —sonrió.

Abrió una de las dos hojas y enfocó la linterna hacia la camioneta ligera que había en el interior. En el primer momento, creyó haberse llevado un chasco. No tardó mucho en darse cuenta de que habían acertado.

—Pensé que tendría motor diesel. En este caso, habríamos perdido el tiempo.

—Me hubiese llevado la camioneta —dijo ella fríamente.

Drummell le entregó la linterna. Luego levantó la tapa del motor y se dispuso a desenroscar las bujías. Casi en el acto, lanzó una amarga carcajada.

—¿Qué sucede? —preguntó Opal.

—Es un tipo listo. Sin duda, previo nuestra incursión, no hoy precisamente, sino en cualquier momento... ¡y quitó las bujías de su propio motor!

Opal se sintió desmadejada.

—Entonces, hemos perdido el tiempo —se lamentó.

Drummell paseó la vista por el interior del cobertizo, en donde había algunas estanterías con latas y otros trastos. «Lo que suele haber en todo garaje privado», pensó. Pero era inútil buscar allí; si el dueño de Highlane House había quitado las bujías al motor, no las iba a dejar al alcance de cualquier intruso.

—De todos modos —gruñó—, no nos vamos a marchar sin dejarle nuestra tarjeta de visita.

—¿Qué piensa hacer? —se alarmó ella.

—Si no podemos usar su coche, él tampoco podrá utilizar la camioneta.

Drummell observó que, a excepción de las bujías, el motor estaba en

completo orden. Arrancó a tirones la instalación eléctrica y taconeó furiosamente el distribuidor, tras haberlo arrojado al suelo. Luego, deshinchó los cuatro neumáticos.

—Para que aprenda —dijo, satisfecho como un niño que se desquita de la mala pasada que le ha jugado un compañero de su edad.

Ella señaló un compresor que había en el fondo del garaje.

—Puede hinchar las ruedas nuevamente —dijo.

Drummell se acercó al artefacto y arrancó los cables a tirones. Encima del compresor estaba el cuadro de electricidad. Quitó los fusibles y luego, de otro fuerte tirón, arrancó la palanca de contacto. Finalmente, buscó un cable eléctrico en un lugar alejado, peló los dos hilos y los dejó en contacto.

—Habrá un cortocircuito de todos los diablos cuando reparen el cuadro eléctrico —dijo—. Y ya podemos marcharnos...

De pronto, se interrumpió.

Un agudo lamento llegó a sus oídos, la queja de un hombre sumido en un terror indescriptible. O quizá víctima de un tormento de características horripilantes.

Opal se arrimó al joven instintivamente. Drummell fijó la vista en una puerta situada al fondo y que, indudablemente, comunicaba con el interior de la casa.

Los lamentos llegaban a través de aquella puerta. Al cabo de unos segundos, Drummell devolvió la linterna a la joven y asió una enorme llave inglesa que descolgó de un cuadro de herramientas.

—Alumbre aquí —ordenó.

Opal obedeció. Con la mano izquierda, Drummell hizo girar el pomo de la puerta y abrió de golpe.

Entonces contempló un espectáculo totalmente inesperado.

* * *

Había un hombre echado en el suelo, encogido sobre sí mismo, en posición fetal, llorando como un niño de corta edad. Era fácil ver que se hallaba sumido en una situación de terror absoluto.

Sin embargo, Drummell no podía ver qué causaba tanto miedo al hombre. Vaciló unos segundos y luego se dispuso a socorrerle.

En el mismo instante, oyó el ruido de otra puerta que se abría en el lado opuesto. Rápidamente, cerró y se volvió hacia la muchacha.

—Cuidado —susurró—. Alguien viene.

Con la mano, apartó a Opal y se quedó junto a la puerta, alzando la llave inglesa, para defenderse, si eran atacados. Pero no sucedió nada de lo que temía.

Al otro lado sonó una voz colérica.

—Ha cometido una terrible imprudencia, señor Boyd. Le dejé solo, mientras terminaba unos detalles y usted se escapó...

Los sonidos se perdieron momentáneamente y Drummell no pudo entender el sentido de la frase. De repente, oyó tres o cuatro estampidos.

Opal se echó a temblar. Drummell sintió que su frente se inundaba de sudor.

—Por fortuna he llegado a tiempo —dijo el hombre—. Esa fiera iba a devorarle...

—¡Sáqueme de aquí! Por lo que más quiera... Sálveme, no quiero seguir un minuto más...

—Creo que tengo algunos mecanismos averiados, aunque el aparato funcionará de todos modos. Pero eso costará dinero, señor Boyd.

—Le daré lo que me pida... Fije una cifra...

—Vamos, ya hablaremos.

Volvió el silencio. Drummell y la muchacha cambiaron una mirada.

¿Qué había pasado al otro lado? ¿Contra qué disparaba el dueño de la casa?

Opal se movió. El joven se puso un dedo en los labios.

—Esperemos —aconsejó.

Transcurrieron algunos minutos. El silencio había vuelto nuevamente.

Drummell se atrevió a abrir la puerta otra vez y enfocó la linterna hacia la habitación. Se sorprendió enormemente de ver que estaba absolutamente vacía.

Era un cubículo de unos seis o siete metros de lado, con las paredes completamente desnudas y lisas. Una de dichas paredes, sin embargo, tenía una curiosa peculiaridad.

Parecía la mitad de un cilindro que llegase hasta el techo y cuya anchura era la de la habitación, unos cinco metros, aproximadamente. La pared curva se hallaba situada justo frente a la otra puerta, a la que se accedía mediante una corta escalera de tres peldaños. La altura de tan singular estancia era de cuatro metros y medio, calculó.

—Increíble —dijo—. No hay nada.

Opal, pese a sus aprensiones, asomó la cabeza.

—¿Qué podía hacer ese desgraciado aquí?

Drummell trató de recordar lo que habían hablado los dos hombres, pero no pudo sacar nada en limpio a las frases que había escuchado. ¿De dónde se había inventado el dueño de la casa que una fiera iba a devorar al tal Boyd?, se preguntó, terriblemente desconcertado.

Al mover la linterna, divisó de pronto un orificio circular en la pared en que se hallaba la puerta y a un metro de distancia de ésta. Iba a adelantar unos pasos, cuando, de pronto, volvió a oír voces.

Retrocedió vivamente.

—Será mejor que empecemos a pensar en la retirada —propuso.

Opal se mostró de acuerdo.

—Cada vez me siento más nerviosa —dijo.

Cruzaron el garaje y abrieron la puerta exterior. Entonces oyeron el ruido

de un motor que arrancaba.

Drummell corrió hacia la esquina que daba a la fachada, pero sólo pudo divisar las luces rojas de un coche que se alejaba a toda velocidad. Vio también en la puerta a una pareja, hombre y mujer, y se resguardó en el acto.

El hombre y la mujer cambiaron algunas palabras que no pudo entender. Luego entraron en la casa y cerraron la puerta.

Drummell se volvió hacia la muchacha.

—Lástima, no he podido alcanzar el coche que se marchaba —dijo.

—Debe de ser de otra persona. Que yo sepa, Arkane sólo tiene la camioneta —contestó ella.

—Sí, pero eso importa ya poco.

Una ráfaga de viento, cargado de sal y yodo, le dio en el rostro. Sintió un leve escalofrío y se subió el cuello del chaquetón.

—Vamos, Opal.

En silencio, con el máximo de precauciones, rompieron la marcha. Se separaron al llegar frente a la casa de Kitty. Drummell quiso acompañar a la muchacha hasta la suya, pero Opal rechazó la oferta agradecidamente. Drummell abrió la puerta y penetró en el cálido interior de la casa. Todavía quedaban brasas en la chimenea.

Respiró, en cierto modo aliviado, por hallarse a resguardo. Pero los misterios que había en aquel pueblo continuaban preocupándole.

Subió a su habitación. Abrió la puerta y vio luz. Kitty estaba encima de su cama, vestida con aquella bata tan provocativa, pero profundamente dormida.

Durante unos momentos, la contempló en silencio. Luego se le ocurrió una idea.

Sonrió mientras volvía sobre sus pasos. Abrió el dormitorio de la joven, encendió la luz y apartó a un lado las ropas de la cama. Regresó luego al suyo y, con infinito cuidado, levantó en brazos a la joven.

Momentos después, arropaba a Kitty. Ella murmuró unas palabras ininteligibles y se volvió de lado. Drummell apagó la luz y volvió a su habitación. Era lo mejor, al menos por aquella noche, se dijo, mientras empezaba a desvestirse.

Al apagarse la luz, se preguntó cuál sería la reacción del dueño de Highlane House cuando se enterase que tampoco podía utilizar su vehículo. Iba a resultar divertido, pensó en la oscuridad.

* * *

—¡Hola, buenos días! —saludó alegremente a la mañana siguiente.

—El desayuno estará listo en unos minutos —anunció Kitty desde los fogones.

Drummell se acercó al barómetro. Todavía estaba muy bajo. Golpeó el cristal con la uña del índice; pero la aguja permaneció insistentemente en el mismo sitio. Marcaba 1.008 milibares, apenas 748 centímetros de presión.

Torció el gesto. El temporal no tendía a amainar. Aquella depresión podía durar aún muchos días. Y, ¿quién diablos tenía interés en que no abandonase el pueblo?

Kitty apareció a poco, sonriente y con su viveza habitual, portadora de una bandeja muy bien provista.

—Tengo un apetito de lobo —dijo él.

—Lo celebro. ¿Has dormido bien?

—No puedo quejarme.

Miró a Kitty. Ella sabía ya lo ocurrido, aunque no parecía muy dispuesta a admitir la pequeña derrota que suponía haber sido sorprendida en su sueño y trasladada de vuelta a su dormitorio.

«Es mejor no tocar el tema», se dijo.

Desayunó rápidamente. Luego se puso el chaquetón y el gorro de lana.

—Voy a dar un paseo —anunció.

—Parece que es tu única fuente de distracción —comentó ella.

—¿Qué le vamos a hacer? No puedo marcharme de Dylock's Bay...

—Si tanto interés tienes, yo puedo indicarte a una persona que tiene un ciclomotor.

Drummell estaba ya en la puerta y se volvió en el acto.

—¿Seguro?

—Se llama Colin Hardon. Vive dos puertas más allá de la taberna.

—Muy bien. Al menos, podré llegar a Biddeford y telefonear para que me envíen un coche. O, mejor aún, alquilar un taxi. Gracias por el favor, Kitty. Volveré en seguida.

Salió a la calle, descendió hacia la explanada del muelle y luego torció a la izquierda. Una vez rebasada la taberna, contó dos puertas. Llamó a la segunda. Hardon apareció a los pocos momentos.

—¿Sí? —dijo recelosamente.

—Señor Hardon, mi nombre es Drummell —se presentó el joven—. Me envía la señora Owlen. Ella me ha dicho que usted tiene un ciclomotor. Deseo alquilárselo o bien comprarlo, lo que le parezca mejor. Fije usted mismo el precio...

Hardon soltó una risita sarcástica.

—Venga, señor Drummell —dijo.

Guiado por el sujeto, Drummell atravesó la casa y salió a un pequeño patio posterior. Hardon señaló el ciclomotor.

—¿Cree que eso puede servir ya para algo?

Drummell guardó silencio. Los neumáticos estaban deshinchados, porque alguien había usado con prodigalidad una navaja muy afilada. Las llantas habían perdido su contorno circular y los radios eran poco menos que un montón de varillas espantosamente retorcidas.

Al cabo de unos momentos, consiguió recuperarse.

—Lo lamento enormemente, señor Hardon —dijo.

Era inútil preguntar quién era el autor del desaguisado. No serviría para


nada, se dijo desanimadamente.

CAPITULO VII

En la explanada del muelle encendió un cigarrillo con la vista fija en el canal. Al otro lado, la tempestad rugía pavorosamente. A veces, una ola gigantesca se precipitaba con indescriptible furia a través del paso, pero su fuerza se amenguaba muy pronto y ya sólo penetraban en la rada pálidos reflejos espumosos, que desaparecían bien pronto en aquellas aguas tranquilas.

Su barco continuaba amarrado al malecón, subiendo y bajando lentamente. Maldito temporal, pensó, irritado. Con un poco de mejor tiempo, se marcharía de allí sin pensárselo dos veces.

Aunque quizá convendría tomar en consideración algo que había dicho Opal. Sólo veinte millas hasta Biddeford, treinta y dos kilómetros. Era joven, fuerte, hacía ejercicio con cierta regularidad. En unas seis horas, podía estar en lugar seguro.

De repente, algo parecido a un vivísimo fogonazo brilló en el interior de su mente.

—¡Dios, qué estúpido he sido! —exclamó.

Y de repente, arrancó a correr hacia su barco.

—Soy un estúpido, un estúpido... —se repetía a sí mismo una y otra vez.

El barco disponía de un motor auxiliar de ciento sesenta y cinco caballos, con dos cilindros, lo que significaban dos bujías... más las que tenía en el cuarto de pertrechos como repuesto.

—Oh, Dios, ¿por qué no se me habrá ocurrido antes? —se indignó, colérico por no haber pensado antes en una solución tan fácil.

Saltó a cubierta desde el malecón, sin usar la escala próxima. El motor estaba bajo cubierta, a popa, y podía encenderse directamente desde el puesto del timonel, Pero para alcanzar su interior, debía levantar la tapa protectora, que lo resguardaba de los golpes de mar.

No obstante, necesitaba herramientas adecuabas. El cuarto de repuestos se hallaba en el interior, al otro lado de la cabina. Descendió los tres peldaños que permitían el acceso, cruzó la cabina y abrió la pequeña portezuela que daba al cuartito, un minúsculo hueco en el que a duras penas cabía una persona.

Acuclillado, buscó entre los pertrechos perfectamente estibados. Un tanto nervioso, derribó algunas latas y se apostrofó a sí mismo, aconsejándose tranquilidad. Había una caja que contenía bujías de repuesto, exactamente cuatro. Ni siquiera sería necesario utilizar las del motor.

La caja no aparecía por parte alguna. Drummell empezó a pensar lo peor.

De repente oyó un fuerte chasquido.

Volvió la cabeza, pero en aquel lugar le resultaba imposible ver las cosas con comodidad. Retrocedió gateando y se incorporó al llegar a la cabina. Entonces vio que la puerta se había cerrado.

Apretó los dientes. Cuando llegó a la puerta, intentó abrirla, pero no lo consiguió. Alguien había echado el cerrojo por fuera.

Por encima de su cabeza sonaron pasos precipitados. Luego volvió el silencio.

Colérico empujó de nuevo. La puerta resistió sus esfuerzos.

Miró hacia una de las ventanillas. Los cristales eran sólidos, adecuados para resistir el oleaje. Con mucho esfuerzo, podría romperlos, pero ¿de qué le serviría? Ninguno de aquellos ojos de buey era lo suficiente ancho para permitir el paso de su cuerpo.

Inesperadamente, oyó un ruido que le heló la sangre en las venas. Era un gorgoteo de claro significado, el sonido inconfundible de una gran vía de agua. El barco se iba a hundir y él estaba atrapado en su interior, sin la menor esperanza de salir de su encierro.

* * *

Estaba en el borde del malecón, contemplando las aguas que se movían ligeramente. Una o dos luces rielaban en la superficie del mar. Por lo demás, todo parecía tranquilo..., pero Opal sabía que a ocho o diez metros estaba el barco hundido. Aún se divisaba el extremo del mástil, que asomaba un par de metros fuera del agua.

Opal se preguntó dónde podría estar el joven. Había ido a preguntar a Kitty, pero la mujer le había contestado negativamente. No le había visto desde la mañana.

De repente, Opal vio subir unas burbujas a la superficie. Algo ocurría dentro del agua. Intrigada y tensa, se inclinó un poco hacia adelante.

Unos segundos después, de forma totalmente inesperada, vio surgir una cabeza humana. Oyó un fuerte resoplido y apreció el braceo del hombre, que nadaba hacia la escala del malecón, cuyo último peldaño quedaba sólo a unos centímetros de la superficie.

—¡Milo! —llamó.

El joven la oyó y, agitó una mano. Luego se agarró a la escalera y trepó con gran agilidad.

—Estoy aterido —confesó—. Necesito secarme cuanto antes.

—Venga a mi casa —dijo ella impulsivamente—. Le daré ropas secas y bebidas calientes.

—Es una buena idea.

Echaron a correr. Minutos más tarde ella le entregaba un equipo completo.

—Perteneció a mi padre. Tenía una figura muy parecida a la suya —explicó—, Dese antes un baño bien caliente; haré que Martha le suba un buen vaso de coñac.

—No sabe cuánto se lo agradezco...

Ella le empujó hacia el primer piso.

—Déjese ahora de palabras. Las explicaciones para más tarde.

El coñac y el agua caliente obraron maravillas en Drummell. Casi una hora después, bajó al salón, en donde ardía un alegre fuego. Opal se ocupaba de secar sus ropas, incluidas las botas.

—Me siento pasmada —confesó la muchacha—. ¿Qué hacía allí, buceando a cuerpo limpio?

—¿Buceando? ¡Estaba encerrado desde las diez de la mañana!

Ella abrió los ojos enormemente.

—No...

—Puede creerme, Opal, soy el hombre más estúpido que imaginarse pueda. ¡Tenía bujías de repuesto en el barco y no supe recordarlo a tiempo!

—Es verdaderamente lamentable, pero lo que importa ahora es que se encuentra a salvo —dijo ella—. ¿Ha estado allí desde las diez de la mañana? —Consultó su reloj—. Son las seis y eso significa ocho horas. ¿Cómo ha podido aguantar tanto tiempo bajo el agua?

—Se lo explicaré. Kitty me recomendó que viera a Colin Hardon, quien posee un ciclomotor. Fui a pedírselo, pero alguien se lo destrozó la noche pasada.

—¿También? —se sorprendió ella, consternada.

—Sí. Y como puede comprender, es imposible saber quién lo hizo. Aunque nos lo imaginamos.

—El caso es que yo le vi a usted por la mañana, junto al barco. Incluso aprecié que saltaba sobre cubierta, pero luego me metí en el baño y ya no volví a preocuparme más del asunto. Luego, cerca del mediodía, me asomé a la ventana y vi el barco hundido. Pensé que usted lo sabría ya y hasta fui más tarde a preguntarle a la señora Owlen, pero ella me dijo que no sabía nada de su paradero.

—Estaba allá abajo —sonrió él—. Quien perforó el casco y me encerró en la cabina, calculó mal. En la cabina no entró una gota de agua, aunque no era suficiente para impedir el hundimiento, debido al lastre del interior de la quilla. Por tanto, disponía de una notable cantidad de aire, que incrementé con el de las cuatro botellas que tengo para inmersiones, en algunos casos que me parece conveniente bajar a cierta profundidad. Sin moverme apenas y no haciendo ejercicio, el consumo de oxígeno, puede comprenderlo, era mínimo.

—Bueno, pero si estaba encerrado, ¿cómo pudo salir?

—Usé el hacha, que no se llevaron, y destrocé el techo. El agua irrumpió en la cabina, pero, claro, tenía puesta la boquilla del aire comprimido y pude aguantar lo necesario, hasta que la cabina estuvo llena de agua. Entonces dejé las botellas y ascendí a la superficie.

—Pudo haberlo hecho antes, me parece.

—No quería correr riesgos y podía aguantar allá abajo perfectamente. Era preferible salir de noche. Las cosas no están tan bien para arriesgar un disparo de rifle. Arkane tiene uno, ¿lo recuerda?

Opal asintió.

—Me pregunto qué puede pretender ese hombre —murmuró.

—Quiere el pueblo entero, eso ya es sabido. Lo que resulta verdaderamente enigmático es el objeto de sus esfuerzos. Pero puede que yo lo averigüe mañana.

—¿Cómo, Milo?

—Hablando con él.

Opal le miró fijamente.

—¿Piensa ir a verle?

—Por supuesto.

Martha entró en aquel momento.

—Opal, si te parece, serviré la cena.

—Sí, claro. Milo, ¿quiere acompañarme?

Drummell se echó a reír.

—Aunque no he pasado hambre, porque tenía el repuesto de las conservas, acepto de buena gana la invitación —contestó.

* * *

Subió a su habitación en completo silencio. Kitty, pensó, debía de estar ya en su dormitorio. Se quitó el gorro y el chaquetón y, de repente, concibió una idea.

Los dos dormitorios se comunicaban por una puerta que él sabía cerrada con llave. Se acercó y golpeó fuertemente con los nudillos.

Al otro lado, se oyó ruido en la casa. Luego sonó el gritito de pavor.

Drummell golpeó de nuevo. La voz de Kitty se oyó a los pocos segundos, insegura, temblona.

—¿Qui… quién es...?

—He salido de mi tumba helada, en el fondo del mar... Estoy allí muy solo —clamó Drummell con acento cavernoso—. Necesito compañía y he venido a buscarte.

Sonó un chillido de espanto. Luego, Drummell oyó ruido de llave en la cerradura y la puerta se abrió de golpe.

Kitty, vestida solamente con el camisón, apareció ante sus ojos.

—Es una broma de muy mal gusto —exclamó.

—Ah, pero ¿realmente crees en los aparecidos?

Ella torció el gesto.

—No... me asustaste... Pensé que era otro...

—¿Quién? ¿Hank?

—Eso no te importa —contestó Kitty desabridamente—. ¿Dónde has estado todo el día?

Drummell hizo un gesto vago.

—Por ahí —repuso evasivo.

—Con esa loca, claro.

—¿Piensas que Opal está loca?

—Si yo tuviera su casa y me la comprasen, aceptaría de inmediato. Le

ofrecen un precio estupendo.

—Pero no acepta.

—Por eso digo que está chiflada.

—Entonces, tú tampoco andas bien de la cabeza, porque, si mal no recuerdo, dijiste que también te negabas a vender.

Kitty se desconcertó un tanto.

—Bueno... La verdad es que me ofrecen una cantidad irrisoria... Sólo trato de conseguir una cifra más aceptable.

—Ya. Kitty, ¿por qué quiere Arkane comprar todo el pueblo?

Ella se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho —respondió.

—¿Y Hank? ¿Tampoco ha hablado?

—Déjalo en paz...

—Sospecha de mí. Piensa que soy algún agente secreto o cosa por el estilo. Y no es cierto.

—¿Qué eres, Milo? ¿A qué te dedicas?

—Te caerías de espalda si te lo dijera —sonrió él.

—Me pondré cerca de la cama. Vamos, suéltalo.

—Soy hijo de papá. Tengo mucho dinero y no trabajo. Mi padre me concede todos los caprichos que se me antojan.

Kitty le miró recelosa.

—No te creo —dijo—. Aunque bien pensado... Tu barco valía un montón de «pasta».

—Sí, costó un poco.

Hubo un momento de silencio.

Luego Kitty dijo:

—De todas formas, no sé nada de lo que se propone Arkane. Admito que Hank y yo, en ocasiones..., bien, lo que pasa, ¿comprendes? Por eso me pidió que procurase sonsacarte, como un favor personal, pero nada más. No tengo nada que ver con los trapicheos de esa pareja.

—Y de los de Rheba Conklin.

—Ah, la fulana de Arkane. Es muy guapa, pero también...

—¿No quieres seguir?

—Muy ambiciosa —calificó Kitty—. Arkane está completamente loco por ella. Haría cualquier cosa que le pidiera.

—¿Incluso asesinar?

—No lo creo, aunque nunca se sabe. Cuando una persona se vuelve loca, es capaz de todo. Me refiero a esa locura de los celos, claro.

Kitty se sintió de pronto intrigada.

—Pero ¿por qué te interesan tanto esos asuntos? —inquirió.

—Mi barco está hundido, supongo que no lo ignoras.

—Sí, lo sé.

—Y yo estaba dentro cuando se hundió.

Ella mostró una expresión de enorme asombro. Drummell se preguntó si

era genuina o, por el contrario, el resultado de una magnífica ficción. Se inclinaba a creer lo segundo; Kitty se había sorprendido enormemente cuando llamó a su puerta y desempeñó la comedia del fantasma.

Pero no pudo seguir hablando.

Fuera, hacia el muelle, oyó un espeluznante alarido.

Kitty se estremeció y pegó su cuerpo al del joven. El grito se repitió con estridencias que denotaban un pavor indescriptible.

Drummell se desasió del abrazo de la joven y corrió hacia la puerta.

—¡No vayas! —Chilló Kitty—. ¡El monstruo ataca otra vez!

Drummell se volvió hacia ella.

—¿No tienes un arma en casa? ¿Un rifle, un revólver...?

—No, nunca tuve armas...

El joven ya no quiso aguardar más. Los gritos seguían oyéndose en el exterior, cada vez más lejos.

Bajó la escalera en cuatro zancadas, atravesó la sala, abrió la puerta y se precipitó al exterior.

Una racha de viento, con algunas gotas de agua, golpeó su rostro. En aquel momento se oyó el último grito, cortado violentamente por un brevísimo gorgoteo.

Drummell corrió hacia el muelle. Lo único que pudo ver ya fueron unos remolinos de agua.

Subían burbujas a la superficie. Era, supuso, los últimos soplos de aire contenidos en los pulmones de la víctima.

En el suelo había un rastro de humedad, que apestaba a pescado y que no podía confundirse con la humedad ambiental. Pero ¿existía de veras aquel monstruo?

Miró a su alrededor. Sólo había un par de faroles encendidos, más el situado al extremo del malecón. En ninguna de las casas se divisaba el menor rastro de luz.

Drummell supuso a los escasos habitantes de Dylock's Bay encerrados en sus casas, tras las puertas y las ventanas reciamente atrancadas, e invadidos por un terror invencible. Una persona había sido atacada por el monstruo y nadie había salido en su ayuda.

El miedo atenazaba a las gentes del pueblo. Drummell supo que ya no podía hacer nada y se dispuso a emprender el regreso.

Cuando se volvía, divisó algo caído en el suelo, a unos pasos de distancia. Aquella cosa le había pasado desapercibida a su llegada, en su precipitación de alcanzar a ver al monstruo.

Se agachó. La escopeta de caza tenía las iniciales grabadas en la culata, lo que le permitió conocer en el acto la identidad de la víctima.

Esta vez, Timothy Squarles no había tenido tiempo de consumir los dos cartuchos que había en las recámaras del arma.

CAPITULO VIII

A media mañana, alzó el picaporte de hierro y lo dejó caer sobre la puerta un par de veces. Luego esperó.

A los pocos minutos se abrió la puerta. Una mujer apareció en el umbral.

—¿Sí?—dijo cortésmente.

Era algo más joven que Kitty Owlen y de formas menos exuberantes, pero aún más hermosa. El pelo era castaño con algunos reflejos cobrizos y los ojos eran azules, pero duros y fríos.

—Soy Milo Drummell —sonrió el joven—. ¿Podría hablar con el dueño de Highlane House, señora?

—Dudo mucho que pueda recibirle, señor Drummell; en estos momentos se encuentra sumamente ocupado. No obstante, le informaré de su presencia. Soy Rheba Conklin, ama de llaves del señor Arkane.

—Es un placer, señora Conklin —dijo él—. Agradezco infinito las molestias que se toma por mí...

Rheba sonrió suavemente y se echó a un lado.

—Tenga la bondad de pasar —invitó.

Drummell cruzó el umbral y se encontró en un amplio vestíbulo, menos lujoso de lo que había llegado a sospechar. Los muebles ofrecían ya indudables síntomas de vejez, y dado que su valor artístico era nulo, la impresión que ofrecía su vista resultaba más bien deprimente.

Rheba le condujo a su despacho, algo mejor decorado.

—¿Desea tomar algo mientras anuncio su visita al señor Arkane? —preguntó.

—No, muchas gracias, señora. He desayunado hace poco y...

Ella sonrió cortésmente y se retiró. Drummell sacó un cigarrillo.

Se preguntó a qué había ido allí. Posiblemente, no iba a conseguir nada, aunque sentía vivos deseos de conocer al hombre que había conseguido sumir en el terror a todo un pueblo, aunque hubiese ya muy pocos habitantes. ¿Cuáles eran sus propósitos? ¿Qué beneficios esperaba conseguir de ello?

Se acercó a la ventana. Desde allí podía ver parte del portalón del garaje. Estaba entreabierto. Un hombre se asomó un instante. Estaba vestido con un sucio traje de mecánico y arrojó algo fuera, con evidente disgusto y enojo.

Drummell sonrió para sí. Todavía no habían reparado la camioneta. «Como dijo aquél, donde las dan las toman», pensó divertidamente.

Se retiró de la ventana y empezó a husmear por la estancia. En uno de los rincones había una especie de arqueta, situada sobre unas patas de madera torneada. Se acercó y levantó la tapa. Dentro había una caja metálica.

Agarró la caja con ambas manos y la agitó unos instantes. Debía contener dinero, a juzgar por los sonidos metálicos que procedían de su interior. De súbito, la tapa se abrió por sí sola, evidentemente a causa de un cierre defectuoso. Y en su interior no había monedas, sino unos objetos que le

llenaron de asombro.

Drummell vio dos enormes colmillos de fiera, sujetos a un artilugio metálico, semejante a una pieza de prótesis dental. Los colmillos medían más de quince centímetros de largo y en la pieza semicircular también había algunos dientes muy afilados.

Junto a aquel extraño artefacto, cuyo objeto no comprendió, vio una enorme garra de felino, con unas uñas que le pusieron los pelos de punta. La zarpa era mayor que su mano y el muñón de la pata medía unos veinte centímetros de largo.

Maquinalmente, empuñó la zarpa y la blandió, como si fuese a golpear a alguien. Un golpe bien asestado, pensó, podría destrozar la garganta de una persona, sobre todo si se tenía en cuenta que, al igual que los colmillos, las uñas, no menos de cinco centímetros de largo, eran de bien templado acero.

También encontró un trozo de piel, amarilla y negra, con abundantes pelos, algunos de los cuales se desprendieron con suma facilidad. Pero de pronto oyó fuera el vivo taconeo del ama de llaves y se apresuró a dejar todo tal como lo había encontrado.

La puerta se abrió y la atractiva silueta de Rheba apareció en el umbral.

—Lo siento tantísimo, señor Drummell —informó—. El señor Arkane está muy ocupado y lamenta profundamente no poder recibirle. No obstante, me ha encomendado que me diga lo que desea; tal vez yo pueda atenderle, cosa que haría con mucho gusto.

—Gracias, señora Conklin. Verá, yo llegué aquí en barco, huyendo del temporal. Ignoro los motivos, pero mi barco se ha hundido, sin duda a consecuencia de alguna grieta que se habrá abierto en el casco, tal vez debilitado por los esfuerzos realizados para capear la tormenta. El caso es que no tengo automóvil...

—Aquí disponemos de una camioneta, pero está seriamente averiada —respondió ella.

—¿Y una bicicleta?

Rheba sonrió.

—¡Cuánto lo siento! —dijo.

Drummell hizo un gesto de resignación.

—En fin, tendré que buscar otro medio de transporte.

—No disponemos de teléfono en la casa.

—Es raro, vivir tan aislados. Vamos, me parece a mí.

—El señor Arkane se encuentra muy a gusto —contestó Rheba.

—Sí, porque de otro modo no se comprendería.

Drummell echó a andar hacia la puerta. Rheba se apartó ligeramente.

De pronto, cuando pasaba por su lado, se volvió hacia ella.

—Señora Conklin...

—¿Si, señor Drummell?

—¿También usted se siente a gusto viviendo en esta soledad, lejos de... la civilización?

—¿Por qué lo pregunta?

—Permítame que sea sincero. Usted es joven, muy hermosa... No tiene aspecto de la persona que se siente satisfecha viviendo en un lugar tan...

—Según usted, ¿dónde debería vivir?

Drummell decidió ser audaz.

—Ahora no se lo puedo decir —contestó.

—¿Cuándo, entonces?

En otro lugar, y con la seguridad de no ser sorprendidos.

Rheba sonrió de una forma muy especial.

—He tenido mucho gusto en conocerle, señor Drummell —manifestó.

Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

El joven comprendió la indirecta. Caminó con paso mesurado y se dispuso a salir. Entonces, Rheba, a media voz, dijo:

—Creo que voy a pensar mucho en sus observaciones, señor Drummell.

El trató de ocultar una sonrisa. Podría ser un buen principio, se dijo.

Una conversación a solas con Rheba, sin riesgo de ser molestados, resultaría muy interesante, calculó, mientras emprendía el camino de regreso al pueblo.

* * *

—La víctima era Squarles, de eso no hay duda —dijo Drummell.

Opal le sirvió una taza de café.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Encontré su escopeta en el suelo, cerca del muelle. Ahora la tengo en mi habitación.

—¡Squarles! ¿Por qué?

—¿Tenía alguna casa propia?

—Creo que sí...

—Entonces, ahí tiene la respuesta.

Opal se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal.

—Parece fuera de toda duda que Arkane quiere convertirse en el dueño del pueblo. Es cierto que hace ya tiempo que la gente comenzó a emigrar, porque muchos no encontraban perspectivas en un lugar como éste. Los dueños de la posada, por ejemplo, y tantos otros... Pero, aun así, quedaron bastantes. Había al menos una veintena de familias cuando llegó Arkane.

—¿Y ahora?

—Cinco o seis. Yo, Kitty y unos cuantos más.

—Son los últimos que obstaculizan los propósitos de Arkane. A Kitty le ofrecía una cantidad ridícula, según me dijo. ¿Y a usted?

—Seis mil dólares.

—La casa vale mucho más.

—Lo sé. Pero es que ni aunque me ofreciera diez veces más la vendería. El pueblo, a veces, es deprimente, pero me gusta venir aquí de cuando en

cuando. Y ya le dije que en el buen tiempo, es un lugar maravilloso.

—Opal, ¿qué hace usted? Si no es indiscreción, claro.

—Trabajo, aunque por mi cuenta. Escribo guiones para la televisión. Temas infantiles, por supuesto.

—Oh, es estupendo —sonrió él—. Aquí, me imagino, podrá concentrarse mejor en su labor, aislada, sin interferencias ajenas...

—Cuando las cosas marchan bien, por supuesto. Pero ahora me siento muy preocupada. No puedo concentrarme.

Opal se volvió de pronto y sonrió.

—De usted no sé nada —añadió—, ¿A qué se dedica?

—¿Se lo digo de veras?

—A menos que tenga algo que ocultar...

—En absoluto. Soy socio en una oficina de asesoría financiera. Muy reputada. Hay dos socios en la oficina; el otro es mi padre. Ganamos dinero, lo declaro sin rubor.

—Siempre que sea honestamente...

—Jamás hacemos trampas. Por eso tenemos una clientela muy adicta.

Drummell se puso en pie.

—Opal, he encontrado algo muy raro en la casa de Arkane —dijo.

Relató su hallazgo. Los ojos de la muchacha se dilataron.

—¿Es cierto? —exclamó.

—No me lo he inventado, se lo aseguro.

Opal calló unos momentos.

—Estaba pensando... Hace algún tiempo, sucedió algo horrible. Lo leí en los periódicos. Derwent Gillighan era uno de los principales accionistas de la emisora para la cual trabajo casi siempre. Murió, atacado por un enorme felino...

—¡Gillighan! —exclamó él—. ¡Ahora lo recuerdo bien! Era uno de nuestros mejores clientes. Leí las informaciones y comentarios, y algunas cosas me parecieron fantásticas, sobre todo, el ataque de un tigre prehistórico.

—Si eso es como dice, lo hizo Arkane, ¿no le parece?

—Sí, pero, ¿por qué tendría que hacerlo?

Sobrevino un espacio de silencio. Luego, Drummell se acercó a la ventana.

—Opal, no estoy muy seguro, pero juraría que el temporal está amainando.

—El barómetro ha subido algo, en efecto —convino ella.

—Mi barco se ha hundido, pero estoy pensando en que no era el único —dijo el joven.

—No entiendo...

—¿Conoce usted a alguien en quien se pueda confiar? Me refiero a los hombres que todavía quedan en el pueblo.

—Sí, desde luego. ¿En qué está pensando, Milo?

—Me gustaría que alguien revisara uno de esos barquitos que aún están amarrados en el muelle.

Opal contuvo el aliento.

—Son muy viejos, pero aún podrían navegar... con buen tiempo, por supuesto, y no demasiado lejos, porque no creo que tengan mucho combustible en los tanques.

—Con llegar a Biddeford me conformaría —sonrió él.

—Hablaré con un antiguo conocido y le diré lo que sucede. En todo caso, no podríamos zarpar hasta mañana.

—Ha hablado en plural —observó Drummell.

—Sí. Quiero ir con usted.

—De acuerdo. Nos veremos más tarde. Opal.

Drummell regresó a su alojamiento. Kitty le miró un tanto burlonamente.

—De Opal a Rheba, de Rheba a Opal... Ya no hay más mujeres en Dylock's Bay —dijo, sarcástica.

—Te conviene ir a la escuela. Kitty —contestó él, muy serio.

—¿A la escuela? ¿Para qué? —respingó ella.

—Para que aprendas a contar. Opal, Rheba... y tú.

Kitty alzó la barbilla orgullosamente.

—Nunca me ha gustado figurar en la cola —dijo.

—A veces, el que está el último en la cola obtiene el mejor asiento.

Sonriendo enigmáticamente. Drummell subió a su habitación. Se preguntó por qué Kitty había tenido que mencionar a Rheba Conklin.

Encontró la respuesta momentos más tarde, cuando vio, sobre la almohada, un sobre sujeto con un alfiler.

Abrió el sobre. Dentro había una cuartilla, con unas breves líneas escritas con una inconfundible letra femenina.

> Esta noche, a las diez y media, segunda ventana de la fachada oeste.
>
> R. C.

Drummell sonrió, mientras se abanicaba con el papel. Estaba intensamente perfumado. «Parece una cita hecha en tiempos románticos», pensó.

Acudiría a la cita, desde luego, pero presentía que se trataba de una trampa. Iría debidamente prevenido.

Y la escopeta de Squarles no sería la única arma que pensaba llevar para la defensa de su vida, que presentía amenazada muy seriamente.

CAPITULO IX

La escopeta quedó apoyada en la pared, Drummell se acercó a la ventana y esperó unos segundos. Si Rheba no abría, llamaría discretamente y...

Apenas un minuto más tarde, se abrió la ventana. Una silueta apareció en el hueco.

—Entre —susurró ella.

Drummell saltó ágilmente. Rheba cerró, corrió las cortinas y luego encendió la luz.

Ella sonreía, ataviada con una bata sumamente escotada y de tejido nada espeso. La cabellera quedaba suelta sobre su espalda desnuda.

—Ha sido puntual —dijo.

—Lo hace la profesión —contestó él.

—¿En qué trabaja?

—Banquero.

—Bonito oficio.

—Me gusta.

—Claro, juega con el dinero de los demás.

—Y es muy productivo.

—No lo dudo. Tengo champaña, Milo.

Drummell divisó la botella en el cubo con hielo y dos copas.

—Lo siento, pero no me gusta —declaró.

—¡Sorprendente! Jamás había oído una cosa así —exclamó.

—Por raro que parezca, es la pura verdad. Pero eso no significa que no me gusten otra clase de bebidas.

Ella parecía un tanto desconcertada.

—Tengo whisky, pero no aquí...

—Oh, es lo mismo, no se moleste por mí.

—No es ninguna molestia, volveré muy pronto.

Rheba se puso una bata y salió de la habitación. Era un dormitorio, amplio y cómodo, pero más bien modesto. Arkane, pensó Drummell, no tenía intenciones de permanecer allí mucho tiempo. O tal vez sus finanzas no era lo suficiente boyantes para el considerable gasto que supondría una total renovación del mobiliario y el decorado de la casa.

Abrió el champaña y llenó una copa. Rheba vino momentos después con una botella de whisky y un vaso alto en las manos. Drummell observó con no poca satisfacción, que el precinto de la botella aparecía intacto. Lo mismo sucedía con el tapón metálico, roscado.

Ofreció la copa a Rheba. Luego levantó su vaso.

—Por nosotros —dijo.

Ella sonrió.

—Tengo bastante trabajo en la casa, pero es monótono. A veces, me siento terriblemente hastiada —manifestó.

—Le falta compañía, sin duda.
—El señor Arkane es indiferente a mis encantos.
—¿Acaso no tiene ojos en la cara? —rió Drummell.
—Su trabajo le absorbe totalmente. Ni siquiera me mira.
—Pero hay otro hombre, Stiller, creo que es su nombre.
Rheba hizo un gesto desdeñoso.
—Es un patán —calificó—. Una, creo, tiene derecho a ciertos refinamientos.
—Oh, sí, indudablemente.
De pronto, Rheba se pasó una mano por la frente.
Vaciló. Un breve quejido brotó de sus labios.
—No sé lo que me sucede... Me mareo...
Drummell dejó el vaso a un lado y la sostuvo por la cintura.
—Sin duda, trabaja demasiado —dijo persuasivamente—.
Se siente agotada y el champaña ha aumentado sus deseos de dormir. Duerma..., duerma... Descanse, no se preocupe más.
Rheba quedó tendida sobre la cama. Trató de sonreír.
—Nunca me había pasado.
—El champaña tiene malas bromas —sonrió él.
—Sí, eso... creo...
Ella bostezó inconteniblemente. Luego, casi de repente, dobló la cabeza a un lado y quedó dormida.
Drummell hizo un ligero gesto de satisfacción. La trampa se había vuelto contra quien la había planeado. Al menos, contra uno de los que se la habían tendido.
Sobre la mesita, había una cigarrera. Al abrirla, Drummell pudo ver un tubo de vidrio, abierto ya, con unas cuantas tabletas en su interior. Era el narcótico que Rheba no había tenido tiempo de propinarle.
Paso a paso, se acercó a la puerta y abrió ligeramente. Agradeció a Opal las dos tabletas de sedantes que le había proporcionado y que, convenientemente pulverizadas, habían ido a parar a la copa de Rheba.
«Como dijo aquél, el cazador cazado... o el regador regado», pensó, mientras llegaba al vestíbulo, sumido en total silencio.

* * *

Abrió una puerta más. Encendió las luces.
En uno de los extremos había un gran cajón, de paredes opacas de madera. Estaba adosado a dos paredes, cubriendo el rincón. Más cerca, sin embargo, divisó otro cajón análogo, éste de vidrio, con un asiento muy similar al de los aviones y con un extraño cuadro de mandos frente al mismo.
Gruesos cables salían del cuadro de mandos y se perdían en el suelo. Drummell, perplejo, se preguntó para qué serviría aquel singular artefacto.
Por prudencia, se limitó a observar el interior de la cabina de vidrio, sin

intentar siquiera abrir la puerta. Al cabo de unos segundos, y en vista de que no conseguía nada, se acercó a otro cajón.

Abrió la puerta. Su extrañeza aumentó al ver un proyector cinematográfico. ¿Qué hacía allí un aparato semejante?

Junto al proyector, había un agujero cuadrado, con trampilla deslizante, semejante a los existentes en las cabinas de proyección de los cines. Drummell entró en el cubículo, descorrió la trampilla y miró al otro lado.

Cada vez se sentía más asombrado. Reconoció la habitación, con la pared cilíndrica y sin muebles. No entendía nada en absoluto, por lo que, al cabo de unos momentos, decidió emprender la retirada.

Consultó su reloj. Había empleado media hora en recorrer el interior de Highlane House. Su estancia allí empezaba a hacerse arriesgada.

Retrocedió por el mismo camino. Cuando llegaba a la puerta del dormitorio de Rheba, oyó voces.

—Despierta, despierta... Estúpida, era él quien tenía que dormirse y no tú... Vamos, abre los ojos de una vez... Hank, ponle hielo en sus malditos pechos...

Sonó un chillido. Alguien blasfemó.

—No sé qué me ha pasado —dijo Rheba torpemente.

—Eres una estúpida. Teníamos que cazarlo. Sólo era preciso ponerle un poco de sedante en su champaña.

Arkane, era evidente, estaba terriblemente encolerizado. Drummell empezó a pensar en la conveniencia de una retirada.

Hubo un instante de silencio. Luego se oyó la voz de Stiller:

—¡Jefe, mire! ¡No le puso el narcótico en su copa!

—No me dio tiempo —se defendió Rheba—. Dijo que no quería champaña, que no le gustaba... Tuve que ir a buscar whisky...

—Seguramente, fue entonces cuando él puso alguna droga en la copa de la señora Conklin —apuntó Stiller.

—Es un tipo listo, en efecto —admitió Arkane—. Supo escapar del barco hundido y ahora no se tragó el anzuelo.

—Hay una solución, jefe. Deje que yo me encargue de él, por la vía más directa...

—Espera, aún no. Mañana llega Marlowe Handley. Haremos con él la representación de siempre. Es el último y, cuando se haya marchado, podemos dedicarnos a Drummell.

—¿Qué me dice de la chica? —preguntó Stiller.

—Ella es la única que falta, se puede decir. Los demás están prácticamente convencidos. Un par de días más y el pueblo será nuestro, créeme, Hank.

—Ya tengo ganas... ¿Qué será de Kitty, señor Arkane? Aunque no sabe gran cosa, nos ha ayudado bastante...

Arkane soltó una risita.

—Podríamos emplearla como relaciones públicas —dijo—. Es bastante vistosa, pero tiende demasiado a soltar la lengua. Me lo pensaré y, en todo caso, siempre hay tiempo de soltar el monstruo.

Stiller soltó el gesto.

—Acabaré reumático —se quejó.

—Sería la última vez, en todo caso.

—Está bien. De todos modos, me sigue preocupando Drummell —dijo Stiller.

—No ha visto nada. Se ha marchado muy pronto.

Drummell decidió que ya era hora de hacer bueno lo que acababa de decir Arkane.

Retirándose discretamente, buscó una ventana, saltó fuera y, agachado, caminó junto a la pared, para recobrar la escopeta. Luego emprendió el regreso al pueblo, satisfecho de lo que había oído.

* * *

—Jake Tilghman dice que tendrá listo el barco mañana a primera hora —manifestó Opal a la mañana siguiente.

—Es decir, veinticuatro horas.

—Sí, aproximadamente. El se marchará también. Ha vendido su casa. Me ha dicho que los pocos que quedan han vendido o van a vender. Nadie quiere continuar en el pueblo. Tienen el miedo metido en el cuerpo y yo les comprendo perfectamente.

—Si supieran la verdad...

—Han muerto varias personas, víctimas del monstruo. Eso no es cosa de broma, Milo.

Drummell asintió.

—Lo sé —dijo—. Pero, con moderado optimismo, creo que muy pronto acabaremos con este infernal caso.

—¿Avisará a la policía de Biddeford?

—Es lo que procede, ¿no cree? De todos modos, quiero disponer de motivos más que suficientes para hacerles intervenir.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Hoy llegará un tal Marlowe Handley. Se lo oí decir anoche al propio Arkane. Dijo que harían con Handley la representación de otras veces. ¿Recuerda a Boyd?

—Sí. Debió de ser algo espantoso. Nunca había imaginado encontrar a un hombre en su estado. Sufría un terrible shock...

—Algo vio, en efecto, pero no era real...

—¿Cómo? —se sorprendió la muchacha.

—No lo sé todavía. Pero sí puedo decirte que se trata de una proyección cinematográfica. Vi un proyector en un cuarto situado al lado de la habitación que tiene la pared curva.

Drummell explicó el resto de su peripecia nocturna. Ella se quedó un poco preocupada.

—Milo, se me ocurre algo —dijo—. Arkane quiere el pueblo, esto queda

fuera de toda duda. ¿Qué le parece una base secreta? Para contrabando o... quizá espionaje. Está muy retirado, prácticamente no viene señalado en los mapas... Y siendo suyo, tendría aquí a personas de toda su confianza y no habría ojos ni oídos indiscretos que pudieran traicionarle.

—Es posible que sea algo por el estilo —convino él—. De todos modos, usted es la única que insiste en no vender. Lo tendremos muy en cuenta.

—¿Por qué?

—No es tan difícil que se produzca un accidente, ¿verdad?

Opal se puso pálida.

—¿Cree que sería capaz? —preguntó.

—¿Por qué no? Cuando no quede nadie en el pueblo más que usted, ¿qué le impedirá eliminar el último estorbo? Y perdone la expresión —sonrió el joven.

—Aún queda Kitty...

—Kitty está de parte de ellos y, aun así, no es seguro que no la eliminen también.

—Milo, debiera advertirle del peligro que corre —exclamó Opal vivamente.

—Lo haré —prometió él—. ¿Querrá acompañarme esta noche a Highlane House?

—¿Piensa ir?

—Por supuesto. Tengo un interés enorme en ver lo que sucede con Handley y presenciar la representación que van a hacerle...

—Pero no podremos entrar allí...

Drummell hizo un gesto con la mano.

—Iremos antes de que se haga de noche, a fin de encontrar un asiento de primera fila. Vendré a buscarla a las cinco de la tarde —se despidió.

CAPITULO X

—Deberías hablar —dijo Drummell con acento lleno de severidad—. Ellos te han estado utilizando para sus fines. Cuando hayan llegado al final, te arrojarán a un lado, como a un trapo usado. Suponiendo que se contenten con tan poca cosa.

Kitty palideció.

—¿Qué insinúas? —preguntó.

—En ocasiones, me has mentido. Tú no has hecho nada por vender la casa ni tampoco por rechazar las ofertas de compra. Lo has fingido declarando que te ofrecían un precio ridículo. Pero sabías que podías quedarte, después de que la gente hubiese abandonado el pueblo.

Ella se mordió los labios.

—Nunca fueron muy explícitos conmigo —pareció lamentarse.

—¿Hablaste también con Arkane?

—Oh, no. Siempre lo hacía con Hank... Aunque en alguna ocasión he estado allí, pero no pasábamos de unas frases corteses. Todo me lo decía Stiller.

—Entonces, sabes lo que quieren hacer con el pueblo.

—No, eso no me lo dijo nunca. Hablaba vagamente de grandes proyectos, de enormes sumas de dinero..., pero nunca concretó. Sólo me pedía que le ayudase.

—Y lo hacías...

Kitty bajó la cabeza.

—Estoy enamorada de él —confesó.

«Más bien loca por un tipo sin escrúpulos», pensó Drummell. Sólo así se comprendía que Kitty se hubiera puesto al lado de aquellos criminales.

—Pero nunca hice nada malo —añadió ella, muy excitada—, Sólo... trataba de minar la moral de la gente... Ayudar a crear la atmósfera de miedo, ¿sabes?

—Y espiarme a mí, claro.

—Creían que eras un agente del Tesoro, que perseguía a unos contrabandistas. Como pensaban que investigarías a fondo, temieron que llegases a descubrir sus planes.

—Entiendo. Kitty, ¿quién me encerró en la cabina de mi barco y perforó el fondo?

Ella desvió la mirada.

—Hank —musitó.

—¿Te lo anunció?

—No, me lo dijo después. Se rió mucho... Entonces comprendí que era un asesino. El se dio cuenta de mi reacción y amenazó con matarme si despegaba los labios... Compréndelo, yo también tengo miedo... ¡Estoy aterrada, Milo!

Drummell hizo un gesto afirmativo. Sí, comprendía a la mujer. Estaba sola

en un pueblo muerto, sin alicientes. Unos extraños habían llegado y uno de ellos había sabido conquistarla hábilmente. Kitty era un tipo de mujer hermosa, poco inteligente y de carácter fácilmente moldeable, sin capacidad de resistencia al halago y mucho menos a las amenazas.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos de reflexión—. Dime una cosa. ¿Qué hay de ese monstruo?

—No sé nada...

—Habla —pidió él, casi exigiéndoselo—. De todos modos, estás en peligro, aunque calles. ¿Crees que esos sujetos se detendrán ante un asesinato más o menos?

—Yo... no sé muy bien... Lo único que puedo decirte es que lo hace Hank... Pero no me preguntes cómo; nunca quiso decirlo y si yo sé algo es por indirectas...

Kitty aferró al joven por los brazos y le miró con ojos llenos de pavor.

—Me comprendes, ¿verdad? Yo no he hecho nada malo; fueron ellos los que...

—Bueno, bueno, basta ya —cortó Drummell—. Ahora lo que hace falta es que guardes silencio. Si Hank te pregunta algo sobre mí, dile que hago vida normal. Dentro de lo que cabe, claro. Y dile también que no has conseguido... seducirme. Lo cual, por otra parte, es cierto. ¿Lo harás así?

—Sí, sí, te lo prometo...

—Son muy crueles y despiadados. No tendrán compasión de ti, si sospechan que puedes perjudicarlos. Ten esto en cuenta y actúa en consecuencia.

Estaban hablando en la habitación de Kitty. Drummell fue hacia la puerta, asió el pomo y se volvió hacia ella.

—Sobre todo, aparenta normalidad. Si Hank nota algo, sería capaz de estrangularte en este mismo sitio —avisó ominosamente.

Convenía meterle el miedo en el cuerpo, pensó al salir. En cierto modo, era proteger un flanco descubierto.

Ahora se sentía un poco mejor. Aunque fuese por miedo, Kitty estaba de su lado.

* * *

—No hay tal monstruo —dijo—. Es sólo un truco.

Opal le contempló con admiración.

—¿Cómo lo has sabido?

Drummell rió.

—Mediante un «hábil interrogatorio» —repuso—. Pero sólo sé que es un truco; no he conseguido más detalles. Y el que lo pone en práctica es Stiller, aunque me imagino que la idea debe proceder de Arkane.

El joven se detuvo un momento. Habían decidido llegar a Highlane House dando un rodeo, lo cual implicaba la ascensión a una de las colinas, a fin de

evitar ser vistos al desembocar por el pequeño desfiladero. Subido en el saliente rocoso, se inclinó y tendió la mano a la muchacha, para ayudarla a realizar la ascensión.

Opal respiró fuertemente unas cuantas veces. Luego reanudó la marcha; la pendiente estaba ya casi vencida.

—Pero Stiller se sumerge en el agua, si es él quien actúa como un monstruo —observó.

—Sumergirse en el agua no encierra hoy día ninguna dificultad, con un traje adecuado y botellas de aire comprimido —contestó Drummell—. Por aquí —indicó.

Iniciaron el descenso a unos dos kilómetros al sur de la casa. No tardaron mucho en encontrarse en terreno más favorable. Había allí cierta abundancia de árboles, lo que le permitía quedar resguardado de posibles miradas indiscretas.

Cerca del ocaso, llegaron a poca distancia de la casa, que ahora quedaba hacia el sudoeste de la posición que ellos ocupaban. Momentos antes, habían visto llegar un automóvil, que se detuvo ante la puerta y del que había salido un individuo.

En aquel lugar no había nadie a la vista.

—Vamos —dijo él de pronto.

Corrieron con la mayor velocidad posible y en pocos segundos alcanzaron la entrada del garaje. Había un candado puesto y Drummell lo hizo saltar mediante una barra de hierro que había llevado en prevención.

En el garaje, observó, habían sido reparados los desperfectos del cuadro de fusibles. Incluso el cable pelado había sido cubierto con cinta aislante. Drummell se imaginó el cortocircuito que se habría producido al conectar la corriente. Alguien se había llevado un susto de muerte.

Levantó la tapa del motor de la camioneta. Las bujías le faltaban aún. Todo lo demás, estaba en orden. Incluso había un distribuidor nuevo. Para que no advirtieran su presencia en aquel lugar, rompió un par de cables y volvió a empalmarlos, pero procurando que no hubiera contactos. Les costaría un rato localizar aquella nueva avería.

Luego se acercó a la puerta interior y la abrió con infinito cuidado. Oyó voces en la habitación que había al otro lado.

Opal estaba pegada a él, aprensiva pero, al mismo tiempo, serena y decidida.

Avanzó poco a poco y alcanzó la otra puerta. Pegó el oído a la madera y percibió la voz de Arkane.

—Volveré dentro de un minuto, señor Handley —dijo—. No toque nada, por favor; podría producirse una catástrofe de efectos irreparables.

—Está bien, no se preocupe por mí —contestó el huésped.

Drummell se arriesgó a empujar un poco la puerta. A través de la rendija pudo divisar a un hombre que se paseaba por la estancia, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar el cubo de vidrio que se hallaba en el

centro.

—Y esto es una máquina del tiempo —murmuró Handley—. Me parece demasiado fantástico; no lo creeré hasta que no haya comprobado su funcionamiento.

Drummell cerró, completamente desconcertado.

—¿Has oído, Opal?

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Nunca me imaginé que Arkane fuera un científico tan..., tan... ¿Cómo definirlo, Milo?

—No hay palabras —contestó él—. Ven, salgamos de aquí unos momentos.

Retrocedieron al garaje. Drummell empezó a pensar en la conveniencia de dar la vuelta y entrar en la casa por una ventana para, atravesado el vestíbulo, llegar a la habitación donde estaba Handley. De este modo, calculó, podrían sorprenderles por la espalda...

Algo interrumpió súbitamente sus reflexiones. Arkane y Stiller estaban en la habitación contigua.

—Ya ha caído —rió Stiller—, Como los otros, jefe.

—Déjalo ahí —indicó Arkane—. Vamos a comenzar la representación.

—Son como niños —se burló Stiller.

Drummell y Opal cambiaron una mirada. De pronto, el joven, decidiéndose, abrió la puerta.

La otra se cerraba en aquel momento. Handley yacía en el suelo, semiinconsciente, como si estuviera borracho, aunque no dormido del todo. Agachado, penetró en la habitación. Opal le siguió en el acto.

De repente, un extraño sonido les heló la sangre en las venas.

Drummell se quedó atónito. Era el rugido de un león.

Pero allí no había fieras. Sólo personas: él, Opal y Chandley.

En el mismo instante, un vivísimo chorro de luz brotó de una de las paredes. Drummell se volvió, oyendo más rugidos, y vio algo que le dejó sin respiración.

* * *

Estaban junto a la puerta del lado opuesto y les pareció de repente que habían sido trasladados a una época perdida en la noche de los tiempos. La sensación de realidad era absoluta.

Vieron un paisaje indescriptible, con árboles gigantescos, que se movían al impulso de la brisa; animales antediluvianos, dinosaurios, pterodáctilos, enormes reptiles... Un poco más allá, un gigantesco león devoraba a su presa.

Un colosal elefante, con gigantescos colmillos curvados, trompeó furiosamente. Drummell identificó a un mamuth.

De repente, algo se arrojó encima de los dos jóvenes. Opal, terriblemente asustada, retrocedió, al ver al gigantesco reptil volador que había aparecido

tan inesperadamente.

Aunque los temas prehistóricos no eran su fuerte, Drummell pudo reconocer a un pterodáctilo, de alas membranosas que no medían menos de cuatro o cinco metros de envergadura y un formidable pico, armado con dos pavorosas hileras de dientes, que parecía capaz de partir en dos a una persona.

La bestia desapareció por uno de los lados y sus graznidos se alejaron hasta dejar de oírse. Dos colosales bestias antediluvianas se enzarzaron en una espeluznante pelea.

Estaban en un lago, del que brotaban mefíticos vapores. El ictiosaurio, una especie de cocodrilo gigante con forma de pez, y el plesiosaurio, un reptil gigantesco, con un cuello de varios metros de longitud y una cabeza diminuta en comparación con su tamaño, peleaban ferozmente, con atroces ruidos de sus gargantas que ponían los pelos de punta.

Drummell agarró a la muchacha por la cintura.

—No temas —dijo a su oído—. Es sólo una proyección cinematográfica con efectos sonoros.

—Dios mío, da una sensación de absoluta realidad... Parece como si estuviéramos allí, en la mismísima prehistoria... —contestó ella.

Drummell dirigió una mirada al sujeto caído en el suelo, presa de un espantoso shock que, estimó, no era motivado solamente por las tremendas imágenes que llegaban a sus retinas. Ellos, pensó, sabían que todo era falso, pero Handley estaba persuadido de que lo que sucedía era algo totalmente genuino. Aquel hombre, se dijo, se creía en un lugar situado a millones de años atrás.

La pared curva había sido tratada de un modo especial, que contribuía a la sensación de relieve de ¡as imágenes. Pero ya habían visto bastante y no quería arriesgarse más. Podían llevarse a Handley de allí; sin embargo, prefirió dejarlo. No parecía que las intenciones de Arkane fueran las de asesinarlo. Además, en todo caso, ¿cómo hubiera podido impedirlo?

Arkane tenía un rifle. El pensamiento de que podía utilizar el arma contra ellos le hizo sentirse súbitamente prudente.

—Vamos, Opal —dijo en voz baja.

La joven no se lo hizo repetir dos veces. Salieron al garaje y, apenas unos segundos después, oyeron la colérica voz de Arkane:

—¡Por todos los diablos, Handley! ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

Handley lanzó un alarido desgarrador.

—¡Sáqueme de aquí, por lo que más quiera! Sálveme, señor Arkane; tengo dinero... Le daré lo que me pida.

Drummell volvió los ojos hacia Opal. Ella hizo un gesto de asentimiento. Sí, comprendía las intenciones de Arkane.

—Está bien, pero su imprudencia ha causado ciertas averías a mi máquina del tiempo. Serán caras y costosas de reparar, aunque, por fortuna, funciona todavía satisfactoriamente. Pero ha estado a punto de quedarse ahí para siempre.

—Lo sé, lo sé, pero..., sáqueme de aquí...

De repente, Arkane lanzó un alarido.

—¡Cuidado! ¡Atrás!

El rifle detonó varias veces seguidas. Opal se estremeció.

Luego, Arkane dijo, evidentemente satisfecho:

—Por fortuna, tengo buena puntería. Ese maldito tigre de «dientes de sable» ha estado a punto de matarle, señor Handley.

Se oyó un sollozo de pánico. Arkane continuó:

—Esto le va a costar un poco caro, amigo. Mis gastos son muy elevados...

—Pídame lo que quiera, pagaré el precio que me fije...

—Eso está mejor. Vámonos.

El silencio volvió a la otra habitación. Drummell y Opal empezaron a deslizarse sigilosamente hacia la salida.

Ninguno de los dos hablaba. Al hallarse en el exterior, Opal notó en el rostro el soplo de la fresca brisa marina y se sintió considerablemente aliviada.

Pasaron algunos minutos antes de pronunciar una sola palabra. Para entonces, ya estaban a buena distancia de Highlane House.

—Milo, ¿por qué? —preguntó ella escuetamente.

—Tengo una hipótesis... De algún modo, Arkane se pone en contacto con personas fácilmente influenciares. Con mucho dinero, por supuesto; de lo contrario, no valdría la pena tomarse tanto trabajo. El cajón de vidrio que hemos visto es una supuesta máquina del tiempo, que traslada a las personas a cualquier época. Arkane hizo venir a Handley a su casa, probablemente con el pretexto de hacerle una demostración del aparato y sacarle dinero.

—Sí, parece lógico. Pero Handley se lo había creído de una manera absoluta Estaba plenamente convencido de que había sido trasladado a la Prehistoria.

—Pienso que tal vez le propina alguna droga no muy potente, pero que sume su mente en un estado crepuscular, durante el cual queda propensa a creer cualquier cosa que se le diga. Por supuesto. Handley no manipuló imprudentemente la máquina: después de tomar la droga, ni siquiera se dio cuenta de que lo metían en esa habitación, aun sin haber perdido el conocimiento por completo. Luego, el proyector comenzó a funcionar y...

Opal sintió un escalofrío.

—Todavía se me ponen los pelos de punta al recordar lo que he visto —dijo—. Casi llegué a creer que era realidad, Milo. Pero ¿cómo lo ha conseguido?

—Oh, se han hecho demasiadas películas con fantasías sobre edades prehistóricas. No es difícil conseguir trozos de esos filmes y montarlos hábilmente, añadiéndoles unos efectos sonoros adecuados.

—¿Y el tigre «dientes de sable» que ha matado?

—Seguramente, hay una secuencia en la que aparece ese felino y un cazador dispara y lo mata. Arkane tiene un rifle, en estos momentos con

cartuchos de fogueo naturalmente, y como está entrenado, apenas ve a la fiera dispara y ¡a hace caer. Pero sería conveniente que tuviéramos en cuenta que ese rifle también puede disparar balas de verdad.

—Es lógico —admitió Opal—. Ahora, Handley, agradecido, pero también lleno de terror, le dará todo el dinero que el otro le pida.

—No olvidemos que Arkane le ha «salvado» la vida. Eso se merece una buena recompensa. Además, es posible, incluso, que le haya convencido para que financie sus «experimentos» en la máquina del tiempo.

—Milo, ¿es posible que haya en el mundo gentes tan crédulas?

Drummell se echó a reír.

—Te sorprendería la cantidad de personas que hay dispuestas a creer las cosas más disparatadas. Si a Arkane le hubiera dado por las películas bíblicas y presentara unas cuantas proyecciones de Jesucristo en su época de predicación, tendría cientos de adeptos que asegurarían que el Señor había resucitado de nuevo.

—Sí, creo que tienes razón. Y todo eso ¿para qué, Milo?

Estaban llegando ya al pueblo.

—Arkane necesita dinero inmediatamente y, aunque tiene una propiedad muy valiosa, no le produce por ahora lo suficiente para sus gastos. Por dicha razón, se inventó el truco de la máquina del tiempo, para cazar incautos, hasta que haya terminado la operación de compra de Dylock's Bay. Un poco complicado, pero terriblemente efectivo —concluyó Drummell.

CAPITULO XI

Por la mañana, cuando terminaba de vestirse, oyó voces en el dormitorio de Kitty. Ella discutía con Stiller, pero el breve y áspero diálogo duró menos de un minuto.

Luego sonó el violento portazo. Drummell oyó los pasos del sujeto que se alejaba. Entonces, llamó con los nudillos a la puerta que comunicaba los dos dormitorios.

Kitty abrió de inmediato. Estaba muy preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. Stiller parecía muy enfadado.

—Está que se sube por las paredes. Vino a acusarme de que había ido anoche a Highlane House, metiendo las narices donde no me importaba. Le dije que no, naturalmente.

—¿Qué le hizo suponer una cosa así, Kitty?

—Parece que encontraron un pendiente, que no es de la señora Conklin. Lo ha traído y me lo enseñó, pero le dije que no era mío. Es todo lo que puedo decirte.

Drummell frunció el ceño.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Ha vuelto a Highlane House...

El joven no la dejó continuar.

—Kitty, si quieres seguir un buen consejo, vístete y ven conmigo inmediatamente. Esos tipos van a volver y no traerán sólo buenas palabras. ¡Vamos, aprisa!

Ella se impresionó muchísimo, pero obedeció el consejo. Drummell regresó a su habitación y se puso el chaquetón y el gorro. En la bolsa de equipaje tenía un cuchillo de pesca submarina. Tras unos segundos de indecisión, acabó por colgarlo de su cinturón.

Podía necesitarlo, se dijo.

El miedo puso rapidez en el tocado de Kitty, que se vistió en pocos minutos. Drummell no la dejó que se peinara siquiera; apenas vio que terminaba de ponerse la última prenda, agarró su mano y tiró de ella hacia la calle.

Kitty se sentía terriblemente asustada. Drummell, por su parte, no estaba menos aprensivo.

Bajaron por la calle a todo correr, doblaron a la izquierda y se dirigieron a la casa de Opal. Cuando iban a llegar, vieron que se abría la puerta.

Opal apareció en el umbral.

—¿Qué sucede, Milo?

—Algo grave —contestó él—. Creo que ya saben que estuvimos allí anoche.

Opal se puso una mano en el pecho.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió.

Drummell le examinó los lóbulos de sus orejas, limpios en aquel momento.

—¿Te falta algún pendiente?

Ella lanzó una exclamación.

—¡Oh, Dios mío...! Sí, anoche, al acostarme, noté su falta... Era de presilla y, seguramente, lo perdí en el camino...

—Trae la pareja —ordenó él—. Quiero que lo vea Kitty.

Opal dio media vuelta y corrió al piso superior. Drummell vio una cafetera sobre la mesa y llenó dos tazas.

Los dientes de Kitty entrechocaron con el borde de la taza. En otras circunstancias,

Drummell se hubiera echado a reír, pero el momento no tenía nada de divertido.

Opal bajó muy pronto.

—Falta la pareja de este pendiente —dijo.

Kitty lo examinó atentamente.

—Sí, es el mismo que me señaló Hank —declaró.

—Lo siento, Milo —se disculpó la muchacha, terriblemente compungida—. Ni siquiera me di cuenta de que llevaba puestos los pendientes.

—Eso importa poco ahora —contestó Drummell—. A estas horas, Stiller ha llegado o está a punto de llegar a Highlane House. Arkane tendrá muy pronto la respuesta.

—Pero.... no entiendo... ¿Cómo pudieron encontrarlo? —dijo Opal desconcertada—. Una cosa tan pequeña... Si se me cayó en el garaje, hay un suelo nada limpio, que yo recuerde.

—¿Qué me dices de la sala donde vimos la proyección cinematográfica? El suelo, ahí, es absolutamente liso y estaba muy limpio, que yo recuerde.

Opal asintió. Kitty, por su parte, no comprendía nada de lo que estaba oyendo. Drummell hizo un gesto con la mano.

—Opal, dejé aquí mi escopeta —dijo—. Tráela, por favor.

En el mismo instante, alguien llamó a la puerta.

Las dos mujeres se volvieron, aprensivas. Drummell echó mano al mango del cuchillo.

—Yo abriré —dijo.

En medio de un profundísimo silencio, Drummell avanzó unos pasos, asió el pomo con la mano izquierda y tiró con fuerza.

Un hombre se descubrió cortésmente.

—Señorita Opal, el «Silverwind» está listo para zarpar —anunció.

* * *

En el muelle, Jake Tilghman soltó la estacha del noray y la arrojó sobre la cubierta. Drummell, en la caseta del timón, percibía con no poco alivio el satisfactorio ronroneo del motor del viejo pesquero.

—No hay mucho combustible —gritó Tilghman—. De todos modos,

podrán llegar a Biddeford sin problemas. Le aconsejo navegar a un par de millas de la costa; así evitarán el oleaje de rebote de los acantilados.

Drummell asintió con una mano. Avanzó la palanca y el barco empezó a separarse del muelle.

—¡Pero tengan cuidado con las rocas! —Avisó Tilghman—. Ese balde está muy «cascado» y bastaría el menor roce para abrirle una vía de agua irreparable.

—Gracias, Jake; lo tendré en cuenta.

El motor del «Silverwind» empezó a adquirir revoluciones. En la popa se veían ya las espumas provocadas por el giro de la hélice. Opal y Kitty permanecían al pie de la timonera, sobre cubierta, envueltas en sendos chaquetones.

Drummell tendió la mirada hacia el paso. Al otro lado se divisaba un mar todavía bastante alborotado, pero las olas rebasaban difícilmente los dos metros. El barco aguantaría sin dificultad las consecuencias del oleaje; a fin de cuentas, se había construido para navegar por mares en peores condiciones todavía.

Hizo girar la rueda y enfiló el paso, aún a quinientos metros de distancia. De repente, cuando habían recorrido apenas un centenar de metros, oyó un grito en cubierta.

—¡Milo!

Opal tendía la mano hacia un determinado punto de la rada, en donde algo se agitaba horriblemente. Una cosa de color gris oscuro y de una forma indefinible, que emergió en unos instantes ante los ojos de Drummell. Luego, con enorme rapidez, volvió a desaparecer bajo las aguas.

—¡El monstruo! —Chilló Kitty—. Milo, vuelve, nos va a devorar...

Drummell vaciló. Aquella bestia parecía ser lo suficientemente grande como para poner en apuros al barco. Un fuerte golpe podría romper la tablazón de uno de los costados...

Pero otro peligro, que surgió casi en el mismo instante, le decidió a mantener el rumbo.

—¡Milo, ellos vienen! —avisó Opal a voz en cuello.

Drummell volvió la cabeza. Un vehículo harto conocido acababa de detenerse en el muelle y tres personas se apeaban de la cabina en aquel instante.

Stiller saltó al suelo y arrodillándose se echó el rifle a la cara.

—¡Cuidado' —gritó Drummell—. ¡Las dos al suelo, rápido!

Pero en el mismo instante, Arkane bajó el cañón del arma y dijo algo. Stiller asintió y volvió a incorporarse.

—¿Qué pasa? —Exclamó Opal—. ¿Por qué no disparan?

—No lo sé, pero de todos modos, le doy las gracias —contestó Drummell.

Sentíase terriblemente preocupado. ¿Existía realmente un monstruo?

Opal tenía la vista fija en el muelle. Arkane y Stiller, en la caja de la camioneta, estaban realizando una extraña operación. Rheba, con las manos

en los bolsillos del chaquetón, contemplaba fríamente el alejamiento del barco. A Opal le pareció que la mujer sonreía.

La distancia hasta el paso se acortaba por segundos. El motor del barco roncaba rítmicamente. La proa se alzaba y descendía suavemente, dejando a ambos lados blancos chorros de espuma.

De pronto, Opal vio algo que la dejó sin aliento.

—Dios mío... —Hizo una pausa y levantó la voz—. ¡Milo, están alistando una balsa hinchable!

Drummell volvió la cabeza una vez más. Sí, era cierto, y la balsa de buenas dimensiones había sido botada ya al agua.

Stiller saltó a la embarcación. Desde el muelle, Arkane le alargó un motor fuera borda. Drummell calculó que sería de unos doce o catorce caballos, lo suficiente para propulsar la balsa a una velocidad superior a la del pesquero, especialmente en las tranquilas aguas de la rada.

Pero ya enfilaban el paso. En cuanto llegasen a mar abierto, no temería en absoluto a sus perseguidores. El «Silverwind» podía maniobrar infinitamente mejor en un mar todavía revuelto.

Las paredes del canal retumbaron con el estruendo del motor. Súbitamente, el barco pareció tropezar con un muro invisible.

Fue un frenazo total. Las dos mujeres gritaron y rodaron sobre la cubierta. Drummell pudo mantenerse mejor, gracias a tener las manos aferradas a la rueda del timón. Pero casi en el mismo instante, oyó unos crujidos que le helaron la sangre en las venas.

Habían tropezado con un obstáculo inesperado, que no podía identificar por el momento. La roda del barco había quedado destrozada y un irresistible torrente de agua penetraba en el interior del casco.

CAPITULO XII

Manejó los controles con furia e invirtió el sentido del giro del motor. La hélice pasó de propulsora a tractora y tiró del barco hacia atrás.

Sonaban más crujidos. El «Silverwind» se despegó del obstáculo. Entonces, y durante una fracción de segundo, Drummell pudo ver la cosa que lo había frenado.

—¡Había una cadena de lado a lado! —gritó—. Estoy dando marcha atrás, para varar el barco en un punto donde poder saltar a tierra.

El agua penetraba con siniestro gorgoteo. Opal comprendió entonces los motivos de la sonrisa de Rheba Conklin.

Poco a poco, el «Silverwind» empezó a acercarse a la salida. Drummell maldijo la infernal astucia de Arkane, que le había llevado a colocar una gruesa cadena a través del canal. Lo habría hecho después de hundir su velero y, seguramente, no era demasiado sólida, aunque sí lo bastante para quebrar un casco viejo y con las maderas podridas.

La proa se hundía con cierta rapidez. Al salir del paso, buscó con la vista un lugar al que poder arrimar la embarcación.

Las cosas se habían complicado, pensó. Sí, tenía una escopeta en el barco, pero, ¿qué podría contra el rifle de Stiller?

—¡Milo, acaban de despegar del muelle! —avisó Opal.

Drummell creyó ver en aquel momento un punto donde poder intentar el desembarco. Hizo actuar el timón y el velero inició la virada.

—Opal, voy a embarrancar —anunció—. Yo saltaré primero a tierra con un cabo en las manos. Os ayudaré a saltar después, ¿entendido?

—De acuerdo, Milo.

Kitty parecía convertida en una estatua. El terror dominaba por completo su mente y su cuerpo. A seiscientos metros de distancia se divisaba el bote de goma, que iniciaba la travesía de la rada acelerando a su máxima potencia el motor.

Los dos hombres viajaban en la lancha neumática. Rheba permanecía en el muelle, erguida, irónica, contemplando el espectáculo con la sonrisa en los labios.

Lentamente, el barco fue acercándose a la costa. Drummell había visto una especie de escalón plano, de unos seis o siete metros de largo, por uno de anchura y situado a dos del nivel de las aguas. Las paredes eran muy escarpadas allí, pero podrían trepar hasta el sendero sin demasiadas dificultades.

El gorgoteo de las aguas iba en aumento. Drummell dio gas al máximo. Tenía que alcanzar la costa antes de que el agua alcanzase el motor. Entonces, el barco se pararía irremisiblemente y quedaría al garete, pero sólo por muy pocos minutos.

Desesperado, miró hacia la bahía. Arkane y Stiller habían llegado ya hasta

el centro.

Repentinamente, ocurrió algo inesperado.

El monstruo surgió a la superficie, gigantesco, aterrador, levantando un tremendo oleaje, que hizo bailar al bote neumático con gran violencia.

Kitty lanzó un chillido de pánico. Opal, agarrada a un pasamanos de hierro, contemplaba la escena morbosamente fascinada.

Los dos hombres que ocupaban el bote se pusieron en pie simultáneamente. Arkane quiso evitar el ataque de la bestia, pero no lo consiguió.

Un segundo después, se oyó un seco estampido.

Una de las «salchichas» del bote había reventado al ataque del monstruo. Drummell le vio abrir una horrible bocaza. Stiller lanzó un espeluznante chillido, que no tenía nada de humane En el último instante, puso los brazos ante su cara, pero ya no había nada que hacer.

Durante un interminable segundo, los ocupantes del pesquero vieron unas piernas que se agitaban frenéticamente, asomando por la boca de la fiera. Kitty, incapaz de mantenerse en pie, se tambaleó y sacó medio cuerpo por la borda para vomitar cuanto llevaba en el estómago.

Arkane se lanzó al agua, intentando huir a nado del ataque de la bestia. Pero sólo pudo dar unas cuantas brazadas.

La boca maligna le alcanzó en un santiamén. Gritó horripilantemente cuando aquellos colosales dientes se cerraron sobre su cintura. Pero aquel grito duró una fracción de segundo.

De repente, se percibió un fuerte estruendo a bordo del «Silverwind».

Drummell volvió a la realidad. El costado del barco tocaba tierra firme. Abandonando la timonera, bajó a cubierta, agarró un cabo y saltó a la roca.

—¡Aprisa! —gritó—. No tenemos tiempo que perder.

Opal le siguió en el acto. A Kitty el instinto le hizo olvidar su malestar y corrió a ponerse a salvo.

Una vez que las dos mujeres estuvieron en tierra firme, Drummell dirigió la vista hacia la rada.

El monstruo había desaparecido bajo las aguas. Del bote neumático no quedaba el menor rastro, como tampoco de sus ocupantes.

En el muelle, Rheba estaba inmóvil, absorta, como estupidizada por la inesperada tragedia que acababa de producirse ante sus ojos, De súbito, pareció reaccionar y, dando media vuelta, corrió hacia la camioneta, metiéndose en la cabina sin perder tiempo.

—¡Se fuga! —gritó Opal.

Drummell se atiesó. Inesperadamente, Rheba saltó al suelo y echó a correr.

—¿Por qué se marcha? —preguntó Kitty, atónita.

—Una de dos: o no sabe conducir el vehículo, o la llave estaba en poder del conductor —dijo Drummell.

Se oyó un fuerte ruido de burbujeo. Drummell vio que el «Silverwind» estaba ya casi sumergido. De pronto, giró sobre sus talones y empezó a trepar

por el acantilado.

—¡Voy a ver si la alcanzo! —gritó.

* * *

Terminó de meter todas sus cosas en un pequeño maletín y se dispuso a abandonar la casa. Entonces se dio cuenta de que no podría caminar mucho con aquellos zapatos de tacón alto y corrió a su dormitorio para cambiarse de calzado.

Momentos después regresaba al despacho. Entonces advirtió que el maletín había desaparecido.

—Lo tengo yo —dijo Drummell a sus espaldas—. Hay una fortunita, ¿verdad?

Rheba giró violentamente.

—Dámelo —pidió.

Drummell hizo un gesto negativo.

—Este dinero procede de una serie de estafas y será devuelto a sus estúpidos dueños. Uno de ellos, sin embargo, no podrá recuperar lo que Arkane le sacó con su cuento de la máquina del tiempo.

—Lo sabes —dijo ella, asombrada.

—Presencié una «sesión». Resultó maravillosa. Boyd y Handley se tragaron la fábula, con la ayuda de alguna droga, claro.

—Eres muy listo...

—Psé, tengo una inteligencia corriente. Pero sé utilizarla —contestó él—. Sin embargo, a veces me siento un poco estúpido... No acabo de comprender las cosas.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué hacía Arkane todo esto?

—El pueblo. El pensaba que podía hacer una fortuna, cuando fuese todo suyo. Está en un lugar privilegiado para instalar un puerto deportivo. Podría venderlo por fracciones, al precio que quisiera... pero tenía muchas ilusiones y poco dinero.

—Y para conseguir el que necesitaba, inventó la máquina del tiempo

—No fue mala idea, en medio de todo, Milo.

—Eso se lo podríamos preguntar a Gillighan.

Ella palideció.

—Lo hizo Stiller —acusó.

—Está muerto y no puede defenderse —contestó él—, ¿Has escondido la dentadura del tigre y la zarpa artificial? Incluso hay un trozo de piel, para dejar rastros de pelos.

—No podrás probar nada —dijo Rheba.

—De todos modos, tendrás que dar muchas explicaciones a la policía. Se han producido algunas muertes, por ejemplo, las de Bodderlin y Squarles. Y tú lo sabías y no puedes negarlo.

Rheba pareció perder parte de su fortaleza y sus hombros se bajaron.

—Eran ellos —murmuró—. Hay... una especie de tentáculos y un caparazón de metal ligero y tela... Stiller se ponía el equipo de inmersión, se situaba bajo el artefacto...

—Y arrastraba a las víctimas al fondo del mar, donde perecían ahogadas. De este modo, el terror se extendía por el pueblo y la gente vendía por una miseria. —Drummell agitó el maletín—. ¿No había bastante con este dinero?

—Ahora hubiésemos tenido que efectuar fuertes inversiones, pagar a arquitectos, expertos..., publicidad...

—Rheba, a mí me parece que el puerto deportivo te importaba un rábano —dijo él—. Creo que aprecias mucho más el montón de billetes que hay en ese maletín. ¿Cuánto suma?

—Más de trescientos mil...

—Sí, eres partidaria del pájaro en mano. Lo siento, pero Boyd y Handley recobrarán lo que es suyo. En cuanto a Gillighan, ¿por qué tuvo que ser asesinado?

—Hizo un trato de medio millón. Luego lo dejó en cincuenta mil. Además, conocía a Boyd... Arkane no quiso correr riesgos.

—Se comprende. Una última pregunta. Rheba. ¿Dónde está el monstruo?

—En el otro pesquero, junto al equipo de Stiller. Hay una abertura en el costado de babor, por ¡a parte del muelle.

—Sí, claro, y así podía ir y equiparse sin ser visto. Rheba, lo siento tantísimo, pero alguien irá con tu camioneta a Biddeford a avisar a la policía.

—¡El muy estúpido de Stiller! —se enfureció ella—. Se llevó la llave...

—Sí, me lo imagino —rió Drummell—. Pero no es tan difícil hacer un puente para ponerla en marcha. Además, tenemos el coche de Opal Henry y en esta casa, me imagino, hay bujías para el motor.

De repente, Rheba lanzó una horrible imprecación y corrió hacia la mesa del despacho. Drummell la alcanzó cuando ya abría el cajón en el que había un revólver.

Ella luchó y forcejeó con una furia desatada. Drummell se dio cuenta de que sólo podía acabar el conflicto de una forma. Cuando su puño entró en contacto con el mentón de Rheba, la pelea terminó fulminantemente.

* * *

—Vendrá la policía —anunció Drummell—. Dragarán la bahía y encontrarán los cadáveres de las víctimas de esos desalmados. Deben estar lastrados, claro. También vendrán a reflotar mi barco.

Opal se volvió un instante y le miró serenamente.

—Te marcharás después, por supuesto.

Drummell asintió.

—Sí, pero, como comprenderás, no tengo prisa. Además, quiero ayudar un poco a estas pobres gentes. Deben recobrar lo que vendieron de mala manera,

presionados por el terror y la violencia. Es algo que me parece de toda justicia.

—Sí —convino ella—. Aunque, desde luego, Dylock's Bay cobrará una fama pésima a partir de ahora. Las cosas que han sucedido...

—Quizá redunde en su beneficio. La gente es morbosa y puede que acuda a manadas con la esperanza de ver un monstruo que no existe. De todos modos, hoy día se propende a olvidar muy fácilmente. Dentro de un año todo habrá vuelto a la normalidad. Quizá el pueblo se recupere y haya un nuevo ambiente. En cierto modo, construir aquí un puerto deportivo no era mala cosa.

—Pero se perdería esta tranquilidad... En fin, supongo que ya no hay forma de evitarlo.

—A veces, es imposible luchar contra la corriente —sonrió él.

Paseaban por el muelle. El tiempo había mejorado por completo. Fuera de los acantilados, el mar ofrecía un aspecto inmejorable. A lo lejos, en el horizonte, se divisaban las blancas siluetas de las velas de un yate de recreo.

—Opal —dijo él de pronto—, estaba pensando...

—¿Sí, Milo?

—Bueno, nos hemos conocido en unas circunstancias nada agradables. Pero es una pesadilla que ya ha concluido.

—Gracias a Dios —exclamó ella fervorosamente.

—Estaba diciendo que estaba pensando... —Drummell sonrió—. Creo que convendría que nos viésemos con cierta frecuencia, Opal. Digamos que resultaría interesante el reforzamiento de nuestra amistad.

—Por mí no hay inconveniente alguno, Milo.

Drummell se apoderó de la mano de la muchacha. Opal no se resistió.

—A veces, la amistad se convierte en algo más fuerte y duradero —dijo él.

—Suele suceder, en efecto.

—A ti no te importaría, ¿verdad?

—Creo que no, Milo.

Mientras paseaban, habían llegado al extremo del malecón. Repentinamente, las aguas se agitaron en el centro de la rada.

El cuerpo gris del monstruo asomó fuera del agua violentamente revuelta. Drummell y la muchacha le vieron dirigirse hacia el paso, moviéndose con enorme velocidad

—Se va —dijo ella—. Pero, ¿qué clase de animal es?

—Un cachalote, tal vez ya viejo, y muy desarrollado —explicó Drummell —, Posiblemente, la tempestad le hizo perder el sentido de la orientación y se metió en la bahía. El cachalote es un cetáceo muy violento y agresivo. Necesita al menos una tonelada diaria de calamares y otros pescados para su alimentación. Debió quedarse aquí y, desorientado, empezó a pasar hambre. Si a esta circunstancia le añadimos el encierro en que se hallaba y que, lógicamente, no acababa de comprender, resultaba inevitable un notable aumento de agresividad.

—Y por eso atacó el bote neumático.

—Sí. El ruido del motor le exasperó, seguramente. La explicación resulta sencilla, ahora que se conoce.

—Pero en aquellos momentos, yo estaba pasando un miedo espantoso —confesó Opal.

—No eres la única —sonrió Drummell.

La silueta del cetáceo se divisó un instante en el canal. Luego desapareció.

—Va rumbo a las profundidades, donde encontrará su alimento —dijo Drummell.

—De la profundidad surgió el terror —murmuró ella.

En aquel momento, se rasgaron las nubes. Brillantes rayos de sol iluminaron el paisaje. El ambiente cambió por completo y el mar recobró su color azul.

—Y de las alturas viene la luz —dijo el joven.

Apretó la mano de la muchacha. Ella correspondió.

Aquel sencillo gesto era el final del miedo.

FIN